

Augusto Rodríguez

La biblioteca de los libros no escritos



La biblioteca de los libros no escritos

Augusto Rodríguez

La biblioteca de los libros no escritos



ABYA
YALA | UNIVERSIDAD
POLITÉCNICA
SALESIANA

2021

La biblioteca de los libros no escritos

© *Augusto Rodríguez*

1era. Edición: © Universidad Politécnica Salesiana 2017
Av. Turuhuayco 3-69 y Calle Vieja
Casilla: 2074
P.B.X.: (+593 7) 2050000
Fax: (+593 7) 4088958
e-mail: rpublicas@ups.edu.ec
www.ups.edu.ec
Casilla: 2074
P.B.X.: (+593 7) 2050000
Cuenca-Ecuador

CARRERA DE COMUNICACIÓN SOCIAL
Grupo de Investigación Ataraxia

Depósito legal: 006682

Derechos de autor: 059843

Diseño

Diagramación

Impresión: Editorial Universitaria Abya-Yala
Quito-Ecuador

ISBN impreso: 978-9978-10-556-6

ISBN digital: 978-9978-10-559-7

Tiraje: 300 ejemplares

Impreso en Quito-Ecuador, abril de 2021

Publicación arbitrada de la Universidad Politécnica Salesiana.



A mi madre

Un libro no escrito es algo más que un vacío.

(George Steiner).

Escribir también es no hablar. Es callarse.

Es aullar sin ruido.

(Marguerite Duras).

Unas notas sobre *La biblioteca de los libros no escritos*

¿Qué es una biblioteca de libros no escritos? ¿Por qué se ha propuesto Augusto Rodríguez trazar su cartografía? ¿Por restituirlos, consignarlos? ¿Por dar cuenta de ellos antes de que se pierdan por completo?

Este es el punto de partida, la motivación que acciona la escritura. Lo que nos encontraremos, sin embargo, va mucho más allá de estas cuestiones iniciales, porque el libro que acaba de construir Augusto Rodríguez nos desplaza de un sitio a otro y nos genera infinitas vías y posibilidades. Para empezar, por el tratamiento que aporta a la crítica literaria, un campo saturado, lleno de clichés y lugares comunes, que Rodríguez se propone ampliar. Su labor consiste en diversificar su perspectiva. Eso es lo que nos demues-

tra este libro: que siempre hay una nueva forma de abordar la teoría de la literatura.

A través de un gran elenco de autores, conocidos o desconocidos por el gran público, Augusto Rodríguez nos va guiando por un camino de vidas truncadas, historias incompletas, frustraciones, deseos, fracasos o imposibles que nos hace preguntarnos, en última instancia, sobre la relación del escritor con su propia obra. Es decir, sobre el precio que pagamos por escribir o no un libro, como una herida que nunca se cierra del todo. Por eso echa mano del laboratorio del escritor, la habitación desde la que parte, el lugar donde se concentra toda la incertidumbre y las dudas mientras intenta levantar un mundo, aunque quede en nada.

En realidad, no es la historia de un libro inconcluso, sino la ruta que hemos trazado para que logremos concluirlo algún día, con todos los sinsabores que implica cualquier persecución, incluida la que vaya detrás de cumplir nuestras viejas aspiraciones. Una meditación por los caminos que nos conducen a la escritura y los motivos que nos empujan a abandonarla. Augusto Rodríguez va tejiendo una red muy interesante, una tela en la que encontramos todo aquello que nos empuja a dar salida a algo. Al final, el libro funciona como un relato en el que se habla de una cartografía del fracaso, con vidas desplazadas a

los márgenes, algunas tan intensamente cruzadas por la literatura que desprenden un magnetismo que, en ocasiones, asusta. *La biblioteca de los libros no escritos* funciona, quizás por ese motivo, como un espejo: todos nos sentiremos reflejados en uno o en varios de los personajes aquí convocados (reconozco mi predilección por la historia de Hugo Mayo y de Rodrigo Lira, entre otras muchas historias que se narran). Aunque el peso lo lleve la literatura latinoamericana, con sus experiencias a medio camino entre el mito y la realidad, reconocemos el gran peso de autores europeos, principalmente de Vila-Matas, Georges Perec y Franz Kafka, que ocupa el eje central del libro.

Entre los aciertos de esta biblioteca inacabada, encuentro uno especialmente relevante: la duda que plantea en torno a qué elección debemos tomar con determinados archivos. ¿Cómo gestionar los textos inéditos de Bolaño? ¿Qué hacer con los de Juan Rulfo? Por eso, este libro nos ofrece una lectura del presente a través del pasado. La manera en que afrontemos ese legado configura un discurso de nuestra propia actualidad. Su lectura de la historia es también una interpretación de la contemporaneidad literaria.

Un libro, en definitiva, plagado de reflexiones, como si nos dijera que la literatura no tiene uno, sino múltiples caminos. Y gracias a eso, a que no existe un

único trazado, el futuro de la escritura está a salvo, porque esas historias fragmentadas y fragmentarias nos demuestran, antes que nada, que la literatura y quienes intervienen en ella son inagotables.

Más allá de eso, lo que va a encontrar aquí el lector no es una suma de biografías, sino un motivo de inspiración constante. Así de sencillo. Y así de complejo. Porque en el fondo no es solo una biblioteca de libros no escritos. Es también una reflexión sobre el difícil arte de desaparecer.

Álex Chico
Barcelona, julio de 2018

Soy bibliotecario y todos me llaman C. No tengo grandes vicios, no consumo drogas, no bebo alcohol (solo los fines de semana y cuando hay algo especial en la biblioteca), no tengo suerte con las mujeres. Trabajo en la biblioteca municipal de Guayaquil. Mi vida es ordenar, leer, clasificar los libros donados, comprados, regalados que recibimos a diario. Alguna vez escribí una pequeña novela, pero no alcancé a terminarla y la guardé en un escritorio de mi hogar. No creo que la termine nunca. La novela vive en mi cabeza, en mis recuerdos, en el sonido de las palabras que llegan desde lejos.



A veces pienso en la novela, pero es mejor que se quede ahí, archivada por el tiempo, recibiendo polvo para la eternidad. No creo ser un novelista, soy un lector al mejor estilo de Borges. Recuerdo siempre una cita de la obra *El último lector* de Ricardo Piglia:

“Yo soy ahora un lector de páginas que mis ojos ya no ven”. Así me siento, a veces, como el último lector de infinidad de libros publicados que están destinados a perderse en el mundo frío y silencioso de las bibliotecas.



Muchas veces cuando estoy en la biblioteca pienso en las palabras del crítico George Steiner y su ensayo *Los libros que no he escrito*, que como muchos saben es una autobiografía a partir de libros que planeó, escribió y que no terminó de escribir. Esta frase es legendaria: “Un libro no escrito es algo más que un vacío. Acompaña a la obra que uno ha hecho como una sombra irónica y triste”. Me imagino todos los libros del mundo, los publicados y los que no se han publicado, algunos porque fueron rechazados y están en otra biblioteca, pero me gusta imaginar la biblioteca de los libros no escritos. Sé que esa biblioteca que sueño es un laberinto infinito que podría albergar libros de todos los escritores vivos, muertos y los que vendrán.



¿A dónde van a parar los libros no escritos? ¿Qué parte del cerebro guarda la información de los libros que no se leyeron? ¿Dónde se deberían publicar esos libros? ¿Qué biblioteca del mundo debería albergar esos libros?



Por eso he comprado un cuaderno de notas y le he puesto en la primera hoja esta frase: *La biblioteca de los libros no escritos*. Estoy dispuesto a investigar en mis archivos personales y en los archivos de todas las bibliotecas los rastros de esos libros. Escribiré notas a pie de página de los libros que encuentre. Sé que es una tarea bella e infinita. No temo correr el riesgo. Quizás algún día publique ese libro, pero por ahora será fantasmal, un libro inexistente, invisible. Un libro que solo leo en mis sueños.

1

Andrés Caicedo le dejó una emotiva carta a su madre. En el primer párrafo se lee:

Un día tú me prometiste que cualquier cosa que yo hiciera, tú la comprenderías y me darías la razón. Por favor, trata de entender mi muerte. Yo no estaba hecho para vivir más tiempo. Estoy enormemente cansado, decepcionado y triste, y estoy seguro de que cada día que pase, cada una de estas sensaciones o sentimientos me irán matando lentamente. Entonces prefiero acabar de una vez.

Caicedo es un caso raro en una tradición literaria colombiana donde no son comunes los poetas, ni narradores suicidas. Caicedo estaba obsesionado por la vida nocturna de Cali, por sus mujeres, por sus hombres, por la música, en especial el vallenato y la salsa. Y sobre todo por la literatura y el cine.

Incluso su afán por ser un gran guionista lo llevó a viajar a los Estados Unidos donde vivió unos me-

ses en penuria esperando filmar una película o para que importantes cineastas de ese país lo descubrieran. Caicedo escribió:

Aquí en USA sin amigos no sirven mis palabras. Me han detenido en la aduana, me han registrado por colombiano, por traficante de drogas (...). Un rubio me insultó con sus ojos porque me vio latino, perdí mi máquina de escribir. Perdido.

Su vida se agotaba frente a la pantalla del cine, viendo películas de Fellini, Polanski, Siegel, Roeg, Romero. Escribiendo y editando clandestinas revistas de cine. Caicedo era uno de los escritores más prolíficos de su generación, escribió: *Calicalabozo*, *El atravesado*, *Noche sin fortuna*, *El cuento de mi vida* y *¡Que viva la música!* y algunos inéditos más.

El escritor chileno Alberto Fuguet lo describe así:

Cinéfilo y cinéfago; cortometrajista; lector voraz; fundador de un cine-club y una revista de cine; adicto a la máquina de escribir. Andrés Caicedo tenía rumba en la sangre, la ingenuidad de un niño, las dudas de un hombre. Sufría de insomnio. Sabía que había nacido con la muerte adentro y su única forma de enfrentarla era desafiándola. Pero antes escribía con urgencia, leyendo todo a su paso, luchando contra la corriente. Sentía un gran apego a su madre, a su novia Patricia y a sus amigos. Pero

sobre todo un gran apego a su ciudad natal, Cali, que es fondo y personaje de todas sus novelas.

En *Mi cuerpo es una celda, una autobiografía de Andrés Caicedo* de Fuguet podemos leer esta última sentencia: El 4 de marzo de 1977, horas después de recibir por correo el primer ejemplar de ¡Que viva la *música!* la novela que se transformaría en el libro de culto colombiano por excelencia, Andrés Caicedo tomó sesenta seconales. Murió recostado sobre su máquina de escribir.

2

La vida de José María Arguedas es una historia triste. Estudió en la Universidad de San Marcos, estudió etnología, antropología, literatura. Se desempeñó muchos años en la docencia. Su literatura abre el mundo andino desde adentro y le da nuevos matices. Algunos de sus libros más importantes son: *Los ríos profundos* (1958), *Todas las sangres* (1964), *El sueño del pongo* (1965), entre otros. Arguedas fue un hombre que amó intensamente al Perú. Era un investigador de sus raíces, de sus contradicciones, de sus historias ocultas. Fue testigo de una violación familiar que lo trastornaría siempre, ya que para Arguedas la mujer es un ser angelical, la forma más perfecta de la belleza terrenal. La soledad, la depresión, el insomnio fueron sinónimos de su infancia y de su vida. En una breve carta a su psiquiatra chilena Lola Hoffmann en el año 1966 le dice:

A la salida del hospital me sentía bastante recuperado. Había decidido morir y me salvé en forma

excepcional. Con el auxilio de un psiquiatra del propio hospital tomé decisiones que iban a consolidar mi conducta. Pero todo se ha ido echando abajo, derrumbándose. Y ahora me encuentro más confundido que nunca (...). Me queda la estimación por las cosas que todavía puedo hacer. Pero, como no duermo, como estoy tenaceado por vacilaciones tan agudas, que afectan tanto a terceras personas, me angustio cada vez más.

Arguedas conoció la fama y fue un docente y escritor valorado y respetado en el Perú. Un ensayista y narrador notable. Cuentan los testigos que la separación de su primera mujer y su último compromiso le trajo muchos desconciertos y dolor, como él lo afirma:

Creo que hoy mi vida ha dejado por entero de tener razón de ser. Destrozado mi hogar por la influencia lenta y progresiva de incompatibilidades entre mi esposa y yo; convencido hoy mismo de la inutilidad o impracticabilidad de formar otro hogar con una joven a quien pido perdón; casi demostrado por dos sabios sociólogos y un economista, también hoy, de que mi libro *Todas las sangres* es negativo para el país, no tengo nada que hacer ya en este mundo.

Se ha comentado que la exmujer de Arguedas tiene obra inédita. En 1969, muy depresivo por sus conflictos emocionales y matrimoniales (se dice que él presenció la infidelidad de su esposa), se dispara en el baño de su universidad y muere luego de tres días de agonía.

3

El sitio web del Harry Ransom Center permite acceder de forma gratuita al fondo y navegar por estos archivos, cerca de la mitad de los que posee la universidad y muchos de los cuales son inéditos. Los documentos incluyen los manuscritos de diez de los libros del autor de *Cien años de soledad*, así como un texto de 32 páginas destinado al segundo volumen de sus memorias, que nunca ha sido publicado. Como muchos saben, Gabriel García Márquez estuvo trabajando en el segundo volumen de sus memorias, el cual quedó inconcluso para siempre.

4

Diego Fortunatti era un poeta argentino, de origen italiano, que también incursionó en el cuento y la novela. Era un hombre atractivo según las mujeres. Se pensaba que podía ser un excelente modelo o bailarín de tango. Pero su vida estuvo en las letras. Aunque se conoce que fue parte de varios elencos teatrales de su ciudad natal. Siempre sus papeles eran del bueno o el galán de la obra. Pudo ser un brillante actor.

Desde niño, su madre le leía poemas de Borges, de Cortázar, de Urondo, de Gelman, de Girondo, de Storni. Copiaba en su cuaderno escolar los poemas que más le llamaban la atención o sus versos preferidos. Iba al cine todo el tiempo y escribía.

Otras de las pasiones de Fortunatti era el fútbol. Era un hinchas ferviente del club Boca Juniors. Su padre y su abuelo eran hinchas del mismo club. Tanto era el fanatismo de su padre que le puso Diego en honor a Diego Armando Maradona, *el pibe de oro*. Jugaba a la pichanga con los amigos del barrio, siempre

elegía los colores de Boca contra su rival River Plate. De cariño los amigos y las novias le decían: *El negro*. Por su tez morena, ya que es difícil encontrar afrodescendientes o negros en Argentina.

Publicó en vida, dos poemarios: *La luz al fondo de la muerte*, *El círculo de la noche*. Un libro de cuentos y una novela inédita que se denominaba: *La montaña desierta*. Novela extraña en su estructura, a ratos surrealista y muy experimental.

Pero Fortunatti era más conocido por sus poemarios, sobre todo por *El círculo de la noche*. Poemario que tuvo una buena crítica por los lectores, periodistas y críticos literarios de Buenos Aires.

Después de este arranque interesante y prometedor se esperaban nuevos y mejores libros que confirmaban el talento de Fortunatti, pero el poeta se lanzó con un nivel desigual al cuento y a la novela. Después llegó el vacío creativo y no escribió más. Tal vez algún poema que se perdió en las noches de juerga, la bebida y las mujeres.

En abril de 1999, Fortunatti fue hallado sin vida, en su dormitorio, aparentemente producto de un balazo en la sien. Los reportes médicos y policiales dijeron que su muerte fue producto de un suicidio, aparentemente por una gran depresión que carcomía sus días.

5

Adolfo Justiniano era un poeta y periodista boliviano. Escribió algunos de los mejores poemarios de la última década boliviana, según la prensa de ese país, como: *La paz fugaz* (1999), *La guerra del mundo roto* (2001) y *Saturno en la noche luz* (2003). Fue periodista del diario La Prensa de La Paz. Empezó su trayectoria periodística en la crónica roja, política y cultural. Tiene varios inéditos sin publicar.

Entrevistó a importantes poetas latinoamericanos y bolivianos como Jaime Sáenz, Oscar Cerruto y Héctor Borda. Fue calificado por muchos como un poeta de un brillante porvenir. Su vida era normal o casi normal, hasta que fue expulsado del diario por haber plagiado la entrevista a un reconocido escritor y periodista argentino y por otras anomalías.

Trabajó en otros medios de comunicación más pequeños pero la suerte estaba en su contra. Volvió a perder su trabajo y este desencadenó un progresivo

deterioro de su autoestima y de su inteligencia. Bebía todo el tiempo y consumía mucha cocaína todo el tiempo.

La relación con su esposa María Gutiérrez fue de mal en peor y terminó en el divorcio. Escribió como última salida a su vida y publicó con mucho esfuerzo sus libros. Su madre lo arropó mientras el dinero alcanzó, pero la crisis económica que vivía en esos años Bolivia, fueron muy crueles para él y su familia.

Un día se marcha de la casa de su madre y no regresó más. Nunca tuvo un hijo, parece que eso fue algo que siempre lo marcó de manera negativa. Sus libros cada vez gozaban de más lectores, sobre todo *Saturno en la noche luz*, que fue publicado en 2003. Muchos antiguos colegas intentaron entrevistarlos para conocer más detalles sobre su vida y su poesía, pero la búsqueda fue en vano. Adolfo Justiniano vivió todo ese tiempo en la calle, como un mendigo más, cerca de un pequeño parque del centro de La Paz. Envejeció y su mirada se fue perdiendo en el horizonte. Un día de marzo de 2005 su cuerpo fue hallado sin vida a las afueras de un bar clandestino. Se pensó que murió por exceso de alcohol.

6

Telón de fondo es el libro no escrito del escritor español Álex Chico: La situación comenzaba a ser alarmante. Cada vez entraban más archivos al escritorio de mi portátil. Tantos que al final tuve que agruparlos en una carpeta, un depósito virtual que titulé, lacónicamente, “Inicios de novela”. El problema fue cuando me di cuenta que tenía más documentos alojados allí que libros en las baldas de mi estantería. Todos ellos eran piezas sueltas que al juntarse formaban algo así como una cartografía del fracaso. Una constatación de la impotencia. Un nuevo sueño frustrado, sin continuación alguna. Textos de cinco, de tres, de catorce, de veintidós páginas. O de una sola. Textos inspirados por *Los muertos* de Joyce, por *El innombrable* de Beckett o por *La infancia de un jefe* de Jean-Paul Sartre. Inicios de novela en donde lo único que importaba era crear mi propio Club de la Serpiente, a imitación de Cortázar. Que fueran capaces de narrar esa experiencia ante al abismo de los personajes de Auster.

Que logaran acercarse al sur de Truman Capote. En realidad, más que escritura, era una lectura radical de lo que había caído en mis manos horas antes. Un último peldaño en el proceso de lector.

El problema, mi problema, estaba en la página treinta. Nunca la había traspasado. No había sido capaz de sumar más palabras ni más párrafos ni más imaginación a una novela que siempre terminaba ahí. Detrás no había nada. Como un principio de incertidumbre. Al final, siempre me asaltaban las mismas dudas: ¿Quién iba a querer seguir leyendo lo que había escrito? ¿Qué motivación podría encontrar un editor para publicarlo? ¿Acaso no era la constatación de un desengaño, una forma de exponer lo ridículo que había sido encerrarme en una habitación día tras día?

La carpeta “Inicios de novela” iba creciendo, mes a mes y año a año. Mientras sumaba nuevos archivos, crecía también mi ansiedad. ¿Me había equivocado de oficio? ¿No tenía la suficiente inventiva como para avanzar sin descanso? Tal vez por eso abandoné toda aspiración narrativa y probé suerte con la poesía, un género que se adecuaba mejor a lo que, quizás, yo no sabía transmitir de otra forma. Un poema dio paso a un poema distinto, una parte sucedió a la siguiente. Tiempo después, casi sin darme cuenta, había construido un libro.

Sin embargo, el libro que quería escribir no era ese. Si había llegado a la literatura, era para escribir una novela, no un libro de poemas (de mi experiencia con el teatro mejor ni hablamos). Probablemente por ese motivo, siguiendo una ridícula fidelidad a nuestros primeros deseos, me forcé, literalmente, a comenzar y terminar una. La inicié en Granada y la di por finalizada en Barcelona, meses más tarde. Hablo del año 2005. Recuerdo su título y su argumento. Se llamaba *Telón de fondo*. El punto de partida era evidente, dadas las circunstancias: el bloqueo de un escritor que no sabe por dónde continuar su obra. Para ello echa mano de lo que tiene a su alcance: su novia, sus amigos, su vecino. Decide que sean ellos quienes la continúen. Él hará de taquígrafo, de cronista, de escriba. Simplemente se dedicará a esperarlos.

Como lo supedita todo a la escritura de su nueva novela, somete a sus personajes reales a diversos escenarios. Los maneja, los dirige. Se convierte en un pequeño dios que se cree con la libertad de maniobrar a su antojo. Provoca citas, encuentros esporádicos, les enfrenta a situaciones adversas. Él solo tiene que transcribir lo que ve, lo que hacen.

Sin embargo, ese poder le devora. Lo que al comienzo no eran más que simples detalles al margen, al final esa experiencia ajena se convierte en el objetivo

de la trama. Todos abandonan su condición real para transformarse en personajes. La ficción deja de ser una consecuencia y se vuelve una premisa. Así hasta llegar a la catástrofe de las últimas páginas, porque es imposible salir incólume de tanta mentira.

Sé por qué inicié esa novela. Y sé por qué quise terminarla. Si fue la primera historia que escribí y concluí fue porque trataba de poner en duda los límites morales del escritor. Responder a la pregunta de hasta qué punto un autor tiene derecho a intervenir en la sociedad que le envuelve, aunque persiga el noble deseo de escribir la mejor novela del siglo. ¿Estamos autorizados a manipular lo que nos rodea con tal de crear una gran obra? ¿De qué somos capaces para llegar a la última página? ¿Quién nos ha erigido juez y parte, víctima y asesino, inocente y culpable?

Sigo sin saber la respuesta. Imagino que si escribí sobre todo eso es porque yo mismo me lo preguntaba. Una duda que se ha mantenido siempre en mí, como una advertencia, como un aviso de lo que estoy y no estoy dispuesto a hacer con tal de escribir lo que quiero.

Eso es lo que queda ahora mismo de aquella novela. Existe una única copia, imprimida y anillada en uno de los extremos de mi estantería. Puedo verla ahora mismo. Sé que de tanto en tanto solo a mí me habla.

7

Otto Haushofer fue un filósofo nazi. Padrino de Luz Mendiluce y padre de varias teorías descabelladas: la Tierra hueca, el Universo sólido, las civilizaciones primigenias, la tribu aria interplanetaria. Se sabe que nació en Berlín y que se relacionó con escritores y filósofos de su generación.

Se conoce poco sobre su personalidad y sus ideas en privado. Se sabe que se casó con una joven estudiante de la Universidad Libre de Berlín y pasaron la luna de miel en una playa de Portugal. No tuvieron hijos.

Fue padrino de la bella y talentosa Luz Mendiluce que siempre le escribió cartas y le pedía que le haga leer sus últimos escritos. Haushofer era una persona muy amable y cariñosa con sus sobrinos, ahijados o niños en general a quienes les gustaba leerles cuentos infantiles de los hermanos Grimm.

Lamentaba no haber tenido hijos y no extender su apellido en otras generaciones y según sus más cercanos: él era depresivo en ocasiones, pero lo solucionaba escribiendo y leyendo filosofía pura. Uno de los grandes deseos de este filósofo alemán era haber sido escritor, sobre todo novelista o poeta, cosas que detestaba pero que admiraba en el fondo.

Haushofer fue un niño pequeño de estatura y muy enfermo. En la escuela fue constantemente agredido por sus profesores y por sus compañeros porque lo consideraban muy feo y muy extraño. Tenía un montón de sobrenombres que a él le gustaba ignorar.

Creció con rencor y odio en el corazón. Se afilió muy joven al partido nazi de Alemania y le gustaba redactar cartas contra los judíos y contra todos los diferentes a su raza. Y con el tiempo no solo escribía sus cartas o misivas, sino que le gustaba viajar y llevar la doctrina nazi en el mundo. Todas esas cartas siguen dispersas por el mundo.

Una noche en un viaje a Hungría fue secuestrado por uzbekos y fue violado en reiteradas ocasiones por tres soldados y Haushofer se terminó ahorcando en una casa abandonada.

8

Mishima fue un hombre meticuloso y calculador. Nada quedaba al azar ni su propia muerte que la vino elaborando y preparando por cuatro años seguidos. Preparaba el harakiri perfecto. Harakiri que no salió como él esperaba, pero encontró la muerte que tanto buscaba. Mishima fue muy reconocido en su tiempo e incluso le dio una nueva de forma de entender la guerra a los suyos y a los guerreros de Japón.

Mishima fue narrador, dramaturgo, ensayista, poeta y siempre destacó por su manejo del lenguaje y la imaginación de su obra. A veces la fama que le produjo la novela *Confesiones de una máscara* (1948) oscureció el talento de otras de sus novelas.

Puede ser que nunca lo haya afirmado, pero en la novela *Confesiones de una máscara* están los grandes temas posteriores de su obra como la muerte, el amor, la homosexualidad, el tiempo y el teatro. Después del éxito de esa novela publicó otros libros como *El pabe-*

llón de oro (1956) o la tetralogía *El mar de la fertilidad* (1964-1970).

Mishima fue un gran escritor, pero un gran ego-céntrico y vanidoso. Se lanzaba flores, se reía de sus enemigos literarios, de los críticos y de sus colegas. Practicó levantamiento de pesas de forma profesional y siguió trabajando en su culto a su personalidad. Tomándose polémicas fotos casi desnudo para revistas internacionales.

Incluso llegó a pensar que era un digno ganador del Premio Nobel de Literatura; premio que le fue otorgado a su maestro Yasunari Kawabata. Dicho premio nunca lo obtuvo Mishima, pero él siguió viajando por el mundo.

En 1970 ya tenía todo preparado para el doloroso y final ritual de su harakiri. La decapitación fue adjudicada a su amante Masakatsu Morita, pero él no fue capaz de matarlo, a pesar de que lo intentó varias veces. Furu Koga cortó su cabeza y la de Morita que rodaron lentamente por la alfombra.

En *Vidas escritas* de Javier Marías nos habla sobre este tema:

Las cosas no salieron del todo como lo había planeado. Entró de nuevo en el despacho y se preparó el harakiri. A su hombre de confianza y posible amante,

Masakatsu Morita, le había pedido que lo decapitara con la valiosa espada en cuanto él se hubiera abierto las tripas, sin dejarlo sufrir demasiado. Pero Morita (que también iba a hacerse el harakiri luego) falló el golpe nada menos que tres veces, rajándole los hombros, la espalda, el cuello, pero sin acertar con la cabeza. Otro de los acólitos, Furu Koga, más ducho o menos nervioso, le arrebató la espalda y se encargó de la decapitación.

Luego hizo lo propio con Morita, quien, falto de fuerzas desde el principio, solo logró hacerse un arañazo en el estómago con la daga. Las cabezas quedaron sobre la alfombra. Mishima tenía cuarenta y cinco años, y se dice que, siempre teatral, esa misma mañana había entregado al editor su última novela; [novela que nunca se publicó].

9

Paco Urondo fue un gran poeta, narrador, pero también un galán del mundo cultural argentino. Cuando se habla de Urondo se habla de un guerrillero, un escritor, periodista y guionista de cine. Se casó con una hermosa actriz argentina llamada Zulema Katz. Luego se separa de la actriz y se casa con una militante política como él, llamada Lili Massafferro.

Urondo se metió de joven y de lleno en la vida cultural y policial de Argentina. Su vida y su trabajo estaban en la calle. Ahí nacían sus mejores relatos, crónicas y poemas. Era un fiel comprometido con su destino, su época y su país. Y no le importó las amenazas, ni la muerte para cumplir con su labor. Esto nos recuerda a Hemingway o a unos pasajes de la vida del poeta italiano Pavese.

La crítica Susana Cella dijo:

Urondo había empezado en la década del cincuenta un camino irreversible en la palabra con sus prime-

ros y deslumbrantes versos y continuó escribiendo poesía aun en medio del peligro y la persecución, como lo testimonia su inconcluso y parcialmente perdido *Cuentos de batalla* (...) La obra poética —plenamente inscrita en el tiempo que le tocó vivir, con sus turbulencias y sus arduos caminos— abarca más de veinte años, gran parte inédita, deja una marca indeleble en la poesía en lengua castellana. Para Urendo era fundamental hallar la palabra justa, en tanto justeza y justicia, y el intento equivalía a encontrar un sentido que justificara la vida.

Urendo escribió unos versos que con el tiempo se hicieron famosos: “Quisiera seguir sin sentido, amor, para ir eligiendo o mendigando amor; eso que realmente sirve, lo que vale la pena”. Sobre su muerte no hay una tesis clara. Se afirma que muere en una balacera, pero él afirmó minutos antes que había tomado algunas pastillas y que ya estaban haciendo su efecto. Se piensa que fue veneno. Y cuando las balas cayeron en su cuerpo, el poeta ya había dejado de respirar.

10

Se cree que el poeta cubano Ángel Escobar cada día que pasa canta mejor. Es decir, su poesía cada vez es más fresca, intensa y llena de fuerza. Al principio la poesía de Escobar en su país y, en especial, en La Habana era de grupos muy selectos, grupos cerrados que saboreaban y disfrutaban de su poesía. Ahora su poesía cada vez agarra más fuerza y es ubicada en el puesto que se lo merece, junto a poetas de la talla de Lezama Lima, Virgilio Piñera, José Kozler, Reina María Rodríguez, entre otros.

Escobar estudió Arte dramático en 1977 en la Escuela Nacional de Arte de La Habana y después Artes Escénicas en el Instituto Superior de Arte. Ganó el premio David de la UNEAC. Sus libros se han publicado en Cuba, España, Colombia, entre otros.

El crítico Efraín Rodríguez Santana escribió:

El poeta se llamaba Ángel Escobar y murió en 1997. Casi a punto de cumplir los cuarenta años decidió

una tarde sentarse en la baranda del balcón de su apartamento, y se dejó caer. El abismo lo recibió, pero el abismo de Ángel tenía un horizonte de concreto y su cabeza pegó duro contra el piso, y por fin se produjo la tranquilidad, el reposo que con tanto denuedo había buscado por cientos de caminos. Con su poesía parecía llegar a algunos descansos benefactores, sus poemas servían para descargar furias y tormentos, y también para respirar.

Bocanadas de aire y humo de cigarro que inhalaba mientras que su pierna derecha pateaba el césped imaginario de un campo de fútbol o la hierba revuelta de una pradera ignota. Unos minutos antes de morir habló con su hermana Luz Marina y la instó a que preparara ese arroz sabroso de Oriente, y ella se fue a la cocina sonriendo. Él se levantó del sillón donde descansaba y puso encima del piano un papel blanco mecanografiado. Allí estaba el último poema escrito un día antes, con destino a un amigo suyo, pintor picassiano, hombre de buena fe y gran sentido del trabajo. En ese poema intenta explicar las razones modernas de la continuidad de las imágenes, sean pictóricas o verbales: cada uno tiene un modo de entenderse a sí mismo.

Lo que se conoce sobre Escobar es que padecía de esquizofrenia y eso lo llevó a tener una vida de incertidumbre y locura. Su vida no fue fácil. Pero su poesía (una parte sigue sin publicarse) duele.

11

Se sabe que Amado Couto nació en Juiz de Fora y que escribió un libro de cuentos que ninguna editorial brasileña, ni del mundo publicó. Couto era un escritor que pensaba que en sus manos radicaba la nueva historia de la literatura brasileña. Tenía la obsesión de escribir la gran novela policiaca de Brasil, incluso la llegó a ver en sus delirios, entre realidad y sueños.

Pero escribió la novela *Nada que decir* donde su personaje principal es Paulinho. Su novela era policial como la novela que soñó, pero esta pasó sin pena ni gloria por la literatura brasileña. Couto quería ser el nuevo Fonseca o un escritor mejor que él, pero todos sabemos que Fonseca es un gran escritor de novelas policíacas y Couto no.

Couto soñaba en escribir la mejor novela del mundo, en escribir poemas, en escribir grandes cuentos que se tradujeran a todos los idiomas, que su nombre apareciera entre los grandes de la literatura brasileña y universal. Tal vez como el gran Jorge Amado o más aún.

Pero en vez de escribir la Gran Novela Policial de Brasil se dedicó a trabajar en los Escuadrones de la Muerte, donde secuestró, torturó y vio como morían personas inocentes.

Tal vez Couto pensaba en esos grandes libros que algún día escribiría y que los muertos de los Escuadrones de la Muerte eran sus personajes de ficción creados por él y solo por él.

Couto escribió su segunda novela *La última palabra* y una tercera *La mudita* donde estaban plagadas de muertes y esqueletos. Hay una cuarta inédita. Pero sus libros no tuvieron la suerte que él deseaba y puede ser que algunas personas leyera sus novelas. De ahí la historia es conocida, Couto se fue a vivir a París y en su depresión mayor, se ahorcó en un cuarto del hotel *La Grèce*.

12

Guayaquil, 1922. Una mañana de junio, Mayo se dirigió a la imprenta Gráficos Seneffelder. Había dejado su manuscrito todavía caliente, su primer poemario llamado *El zaguán de aluminio*. La ilusión le invadía y lo superaba. Iba a ver por primera vez un libro suyo impreso. El primer hijo nacido de su cuerpo. Su ópera prima.

Su vástago lleno de versos desenfrenados. Pero para su desconcierto, su libro inédito *El zaguán de aluminio* no estaba, no existía, no era nadie. Fue vilmente robado ante las miradas de los trabajadores de dicha imprenta.

Mayo se quejó con el dueño de la imprenta, pero él solo se encogió de hombros y le dijo que había sido robado y que nadie sabía el paradero del libro. Que lo sentía mucho y que lo disculpara. Lo cierto es que no apareció nunca más. Mayo sabía que ese acto surrealista, la desaparición de su libro, se debía a una

cruel *venganza*. Venganza de algún fanático de la poesía modernista o del crítico que escribió en su contra en una revista donde afirmaba: “Un loco anda suelto en Guayaquil”. Un loco que quería acabar con el modernismo de Rubén Darío. Y tenía toda la razón.

Mayo sufrió en vida todo tipo de persecución por parte de los fanáticos de Medardo Ángel Silva, a pesar de que con Silva eran buenos amigos. Incluso Mayo le escribió un poema pero obviamente sus estéticas literarias eran contrarias. Como si fueran de distintos partidos políticos o de equipos de fútbol rivales y que estaban enfrentados a muerte no por ellos (los líderes de los partidos políticos), sino por sus seguidores.

Las personas que lo conocían sabían que era un poeta que se dedicaba a su humilde trabajo. No le gustaban las polémicas, ni andar peleando en la calle, menos a los golpes.

Mayo decía: “Soy un oscuro funcionario público de la oficina de rentas e impuestos de la Gobernación del Guayas, ventanilla 13 de Espectáculos, soy un empleado público del verso”.

Mayo era un poeta que llegó con la idea que el Ecuador entre en el gran diálogo con el mundo. Se inventó una revista llamada *Motocicleta* (que en un principio solo la veía en sueños), enviaba cartas y poe-

mas a poetas de varios países. Entre ellos: Paul Eluard, Vicente Huidobro, José Carlos Mariátegui, Borges, etc.

Mayo era una persona generosa que intentaba que la poesía rebelde de su generación cruzara los límites fronterizos y llegara al mundo y viceversa, que la poesía vanguardista extranjera llegara al Ecuador y se abriera el abanico de discursos y el debate literario.

Mayo no publicó en 1922 su libro, *El zaguán de aluminio*, pero seguía anclado en su memoria. Volvió a reescribir los poemas del libro, pero no quiso publicarlo. Él afirmaba:

Creí necesario dar a la publicidad mis primeros poemas. Pero, ¿cómo lograr la finalidad en un medio hostil a las nuevas formas líricas, desposeídas de la preceptiva de la época? ¿Cómo hacer entender que la rima solo constituía el espejismo de neoclasicismo convencional para seducir el gusto artístico de ciertos jóvenes y niñas de decadente romanticismo? Fue imposible lograr aquello e imposible también hacer entender la finalidad de mis poemas.

La rutina de Mayo era muy clara. Se despertaba en la mañana, muy temprano. Alrededor de las cinco de la mañana. Tomaba café descafeinado, comía pan tostado, con una pizca de margarina y un jugo de maracuyá, naranja, naranjilla o lo que hubiera en la re-

frigeradora. No era una persona dada a cocinar o de ir al mercado a comprar frutas o la comida de la casa.

Prefería almorzar en el Piave, un restaurante de la familia Perrone en la calle Chimborazo, cerca de la catedral, en todo el centro de Guayaquil y para la cena comía cualquier cosa al paso, una empanada, un sánduche de chanco o pavo, un pedazo de pizza con una Coca Cola bien fría. De vez en cuando se reunía con un amigo o amiga para tomarse una cerveza helada y hablar de literatura y de poesía, pero con el paso del tiempo, esos amigos siempre escaseaban.

A Mayo le gustaban mucho las flores, los jardines y los parques, solía quedarse sentado en el parque Seminario o el parque Centenario por horas, ahí observaba el paso de fanáticos religiosos, políticos, periodistas, mendigos, fotógrafos que siempre deambulan por esos sitios. Siempre llevaba un cuaderno escolar de líneas y algunos lápices y bolígrafos para escribir alguna nota o un poema.

Sentado en el parque Seminario, cuando baja el sol de la tarde, duerme en una banca. Sueña con imágenes irreales, coloridas, fulgurantes hasta que aparece en el sueño una motocicleta grande, veloz, poderosa y se imagina trepado en ella. Esa motocicleta va cruzando la avenida 9 de octubre y baja por la calle Mascote con rumbo para el sur de Guayaquil.

Para muchos la revista *Motocicleta* fue un mito, pero en realidad “el único mito de la revista Motocicleta es que algunos improvisados tratadistas de nuestra literatura han querido convertirla en mito”, afirma un destacado ensayista ecuatoriano. Siempre hubo las leyendas y mitos que vieron la revista en Nueva York, en París, en Tokio, etc.

Pero quien tenía un ejemplar es el crítico ecuatoriano Rodrigo Pesántes Rodas y prestó su ejemplar para el Anuario del Centro Cultural Benjamín Carrión dedicado a la vida y obra de Hugo Mayo, en 2009.

La revista *Motocicleta* fundada por el poeta, empieza a circular en Guayaquil el 10 de enero de 1927, cuyo subtítulo dice: Índice de poesía vanguardista y que aparecería *cada 360 horas* y llevaba la dirección del domicilio del poeta: avenida Rocafuerte 507.

La revista es un desplegable de divulgación poética (6 a 8 páginas, 14 x 21 cm). Constituyó el ombligo del vanguardismo poético.

A pesar de haber publicado solo cuatro números, por circunstancias de orden económico, contó con la colaboración de los más altos poetas de nuestra patria, de América y España.

Fundé Motocicleta yo solo. El primer número no tenía, se puede decir, casi ningún valor; eran poetas

nuevos aquí, que se iniciaban, como Humberto Mata Martínez, Camilo Andrade; después encontramos colaboraciones de Francia, España, América. Eso me ayudó mucho. Desgraciadamente, de esta revista no conservo ningún número, tampoco se la encuentra en bibliotecas del Ecuador.

Salieron cuatro números de *Motocicleta*, sacaba algunos cientos, con mucho esfuerzo la enviaba al exterior. Las revistas llegaban a Neruda, Rosamel del Valle, César Vallejo, Jorge Luis Borges, Alfredo Gantotena, Jorge Carrera Andrade, Gerardo Diego, Díaz Casanueva y más poetas de prestigio.

Muchas veces me he preguntado: ¿Qué hubiera pasado si Mayo hubiera vivido en esta época de redes sociales, revistas virtuales, agentes literarios, viajes y premios literarios? ¿Seguiría siendo el mismo o sería un poeta más entregado a la fama de la literatura?

Me gusta imaginarme a Mayo como un crítico duro de roer, ante el mundo que vivimos, ante el arte que vivimos, ante la cultura que vivimos, entregadas a las mafias, a las transnacionales, a las grandes corporaciones y a los jurados corruptos.

13

Se piensa que Juan Rulfo escribió muy poco e incluso el autor solía afirmar que ya no escribía porque su tío Celerino, quien supuestamente le contaba sus historias, había muerto. Nada de esto es cierto, basta revisar *Los cuadernos de Juan Rulfo*, libro que preparó su esposa Clara Aparicio de Rulfo y que se publicó en Ediciones Era en 1994. En la carta inicial ella nos dice:

Al parecer es algo terrible lo que estoy haciendo. Eso me han hecho sentir algunas de las personas a quienes consulté sobre la conveniencia de publicar los textos de los cuadernos de trabajo de Juan. Es posible, lo he pensando. Pero algo ocurre dentro de mí cada vez que repaso las páginas de estos cuadernos: cada palabra, cada frase, cargadas de vivencias y sentimientos, me hacen reflexionar sobre la necesidad de compartir estos relatos tan llenos de él y que, sin duda, contienen nuevas pistas para la lectura de *Pedro Páramo* o *El llano en llamas*. El encuentro de estos textos se remonta a la época en

que fueron escritos: cuando Juan, sentado al escritorio, crea una atmósfera en la que nada parece perturbarlo. Es como si su mente estuviera muy lejos, en algún lugar distante. Lo único que se mueve es su mano, que sube y baja despacio sobre las hojas del cuaderno, llenando con su pluma esos espacios en blanco que parecen perturbarle. En estas páginas se muestra el trabajo íntimo del escritor: apuntes, ejercicios, borradores, formas que el trabajo literario exige y que generalmente no se dan a conocer porque, según opinan algunos, no valen la pena y por eso es mejor que nunca salgan del cuaderno en que permanecen.

Gracias a su viuda, la bibliografía de Juan Rulfo se ha incrementado con dos nuevos títulos: *Aire de las colinas* y las cartas de amor que Juan le escribió a su esposa. Pero en *Los cuadernos de Juan Rulfo* se puede leer el borrador de una novela llamada *La cordillera* (inconclusa). También podemos leer bocetos de relatos, apuntes de conferencias y el borrador de un guión cinematográfico. La obra de Rulfo todavía no está cerrada.

14

El escritor venezolano Fedosy Santaella en su libro *Los nombres* afirma: Se ha comentado que el manuscrito llamado *Los Rivero*, escrito por los años 50, fue encontrado por Julio Ortega en los Estados Unidos. Ortega afirma que es un manuscrito de cuatro páginas donde se asoma un posible argumento para una novela. Las cuatro páginas manuscritas con letra pequeñísima inician la presentación de los herederos de un tal coronel Rivero, héroe de la independencia latinoamericana que participó en la guerra venezolana. Al parecer, Borges abandonó este proyecto porque creyó que, precisamente, sería demasiado largo y terminaría siendo una novela.

En 1997 surgió una pequeña controversia en torno a un supuesto libro de Borges publicado con seudónimo. Se trata de la novela *El enigma de la calle Arcos*, cuyo autor es un tal Sauli Lostal. *El enigma de la calle Arcos* fue publicada a modo de folletín por el diario Crítica de Buenos Aires en 1932, y luego como

libro por la editorial Am-Bass en 1933. Tal novela fue dar a manos del escritor Juan-Jacobo Bajarlía, quien aseguró que había sido escrita por Borges. No caeremos en las complicaciones de su argumentación, pero el asunto es que Barjalía buscó nombres de los personajes de la novela y los relacionó con nombres de la familia de Borges, y dijo además que la novela, por estar estrechamente relacionada con otra, *El cuarto amarillo* de Gastón Leroux, era sin duda de Borges, pues el escritor conocía ese libro desde niño. ¡Vaya argumento!

Con todo esto por delante, llego a la nota biográfica de Borges y me encuentro allí con aquel dato insólito. Presentada la información de rigor que uno asume sin quebrantos (lugar y fecha de nacimiento, estudios, libros publicados, etc.), me encontré con dos líneas —tan solo dos líneas— que me abrieron las puertas de otra dimensión. Allí, luego de un punto y seguido, el texto dice que Borges, a los 85 años, publicó en 1984, su primera novela, *El nombre*.

Volví a releer, lo medité, lo pensé. Sí, siempre se ha hablado de la novela que Borges nunca escribió, pero acá Seymour Menton, el mismísimo Seymour Menton, en una tercera edición corregida y aumentada de su obra magistral, dice que Borges publicó una novela que se llama *El nombre*. Debía creerlo: Borges

sí había escrito esa novela, sí la había publicado. Volví a buscar, investigué sobre las improbables novelas de Borges, pero en relación con *El nombre*, nada. En ninguna parte se la nombra. Estamos, querido lector, ante otra novela de Borges que jamás existió.

15

Élder Bastidas que puede ser un álgter ego de Ray Loriga, reconocido novelista español, en *Lo peor de todo*, habla de un libro que le gusta mucho y que incluso lo ha perdido: *Vietnam no era una fiesta*. El personaje afirma que ese libro no puede encontrarse en ningún lado y que gracias a esa obra sabe un montón de cosas sobre la guerra de Vietnam.

Como por ejemplo que el primer soldado americano que murió en dicha guerra se llamaba Thomas Davis el 22 de diciembre de 1961 y que en 1973 los Estados Unidos se retiraron de la contienda. O que el 14 de noviembre de 1967 el Vietcong y las fuerzas norvietnamitas, llegadas a Vietnam del Sur por la serpenteante ruta de Ho Chi-Minh, empezaban a apuntarse las primeras victorias importantes. Dak To, Gio Dinh y Khe Sahn le enseñaban al mundo que el ejército americano no era invencible.

Dice que es un libro estupendo, lo tuvo mucho tiempo, pero después se perdió. Lo buscó por todas partes y le preguntó a todo el mundo, pero no apareció. Incluso había llorado como un niño tonto por ese libro. Afirma que este venía con fotografías de dicha guerra, como la del soldado disparando sobre la cabeza de un vietnamita con las manos atadas a la espalda, entre otras.

16

El escritor español Enrique Vila-Matas se despierta muy temprano en la mañana, toma un café, jugo de naranja y mastica un par de tostadas de pan y sale a caminar intrépidamente por las calles de Barcelona. Su paso es veloz, da grandes zancadas, anda con gorra, gafas negras, una americana y espera que nadie lo vea.

En su *Dietario voluble* escribió: “*Lo que pasa cuando no pasa nada* siempre será un buen título para un libro que algún día alguien escribirá”. Nos da el título de un perfecto libro que lleva la huella y la marca de Vila-Matas. Un libro que por supuesto no escribirá jamás el autor catalán.

La idea de Vila-Matas de desaparecer está latente en todos sus libros. Él quiere ser un escritor imaginario. Escritor de libros sin autor. Escribe y la obra desaparece. No escribe y la obra aparece, flota como un barco pequeño a pesar de las olas. Vila-Matas escribió:

La muerte me llevó a meditar sobre la vida. Pero ¿qué vida? Me dije que ya empezaba a ser hora, en una época tan confusa como la nuestra, de preguntarse qué era lo que realmente entendíamos por vida, es decir, de preguntarnos de qué hablábamos cuando hablábamos de ella y si no estábamos en el fondo hablando siempre de la muerte. Seguramente habría que empezar a matizar la definición de experiencia... Yo también tenía un recuerdo algo lejano, más bien confuso, de ella. ¿Quién vivía en total plenitud? ¿Vivía alguien? Y, por cierto, ¿qué clase de vida llevaba la vida?

Vila-Matas camina y camina sin descanso. Escribió en su *Dietario voluble*: “Volver con la frente marchita a tu pequeño país, que con las lluvias de otoño se inunda todos los septiembres con una fatalidad adorable. Y caminar de nuevo por la ciudad natal, donde, cuando crees reconocer a alguien por la calle, tienes un momento de pánico”. Vila-Matas es un hombre que expía a la realidad.

En una reciente entrevista afirma:

Pamuk ha dicho que si de algo se arrepiente es de no haber sido más radical en la literatura... Siempre piensas por qué no haces el libro de tu vida, ese que tienes dentro y no sale. Si supiera sacarlo, lo haría. ¿De qué circunstancias depende? No sabes. Mi intento constante ha sido innovar. Tres de mis cinco primeros

libros son malos. Después sigue habiendo obras sin ventura, pero con cierto donaire: *Lejos de Veracruz* —1995— por ejemplo, que está bien sin más. Ahí no se apreció mi caída porque ya estaba en el suelo. El peligro surge cuando enlazas un par de obras o tres de entidad. Si me equivocase ahora se notaría mucho. Y no faltaría quien se alegrara: ¿Ves?, ya decía yo que no valía, lo que pasa es que lo han encumbrado. No estaría mal que ocurriera para verlo.

Camina por las calles grises de Barcelona buscando una idea, una historia perdida, un autor raro o simplemente deja volar su imaginación. Aunque sigue siendo crítico con la realidad de su ciudad: “Aquí a Barcelona viene todo el mundo a cagarse en la calle, y hasta les aplauden. La ciudad se ha vuelto un parque temático y no pienso tardar mucho en irme de ella para empezar una nueva y mejor vida”.

Vila-Matas sigue viviendo en Barcelona, pero de modo *off*. Su mente vuela por el mundo. Su cuerpo desea estar en Nueva York o París. Su mejor literatura descansa en sus múltiples diarios inclasificables.

17

Rafael Courtoisie tenía el título provisorio de una novela que nunca escribió: *Una parte de mí*. Se trata de una novela-diario, en primera y tercera persona, donde un hombre que ha sido descuartizado por unos turbios problemas con un cartel narcotraficante rival, logra extrañamente sobrevivir en cada uno de los trozos en que fue cortado.

Los sicarios embolsan las partes de su cuerpo en nylon y un practicante de medicina las encuentra y las lleva a su casa para estudiarlas. Al descubrir que el corazón late, los pulmones respiran y los muñones y cortes se han coagulado y ya no pierden sangre, y que con el paso de los días el cuerpo no entra en estado de putrefacción, comienza a examinar cada resto con suma atención....hasta que descubre que la boca de la cabeza separada del cuerpo emite primero un susurro y luego algunas palabras, hasta que logra hablar con fluidez.

El practicante de medicina entra en diálogo con el descuartizado quien le revela dónde está escondida parte de su fortuna y cientos de kilos de cocaína y anfetamina. El hombre descuartizado y el practicante de medicina se asocian y emprenden una desenfrenada carrera de crímenes y venganza, hasta que la novia del futuro médico se enamora “de una parte” del descuartizado sobreviviente.

Lo que sobreviene representa “una vuelta de tuerca” más que erótica, más que un triángulo amoroso, se constituye un “polígono amoroso” entre el practicante, la exnovia del practicante y cada una de las partes del desmembrado.

18

Según el escritor argentino Pablo de Santis, en su bello artículo *Los libros que se prometieron*, afirma que el gran escritor argentino Ricardo Piglia nos debe una novela sobre Tolstói. Él afirma: El libro que Ricardo Piglia prometió nos presenta un enigma que no podemos resolver, pero que nos permite trazar algunas conjeturas. En el año 2000 la editorial brasileña Companhia das Letras anunció una colección titulada “Literatura o morte”, donde una serie de reconocidos narradores escribirían novelas policiales sobre autores clásicos. Entre estos títulos, habría una novela de Piglia sobre Tolstói.

Este anuncio tuvo lugar, como dijimos, en el año 2000. Sin embargo, quien recorra las páginas del segundo tomo de los diarios de Piglia, que lleva por título *Los años felices* y que termina en 1975, encontrará muchos apuntes sobre la vida y sobre la figura de Tolstói. Es posible que la idea de hacer algo con Tolstói lo persiguiera desde la juventud, y cuando Luiz Schwarcz, director de

la editorial, le propuso trabajar para su colección, Piglia encontrará la oportunidad de poner en práctica su antigua obsesión. Yo propongo otra solución: que Piglia haya “falsificado”, su propio diario.

Que hay materiales fuera de época en su diario es algo que está fuera de duda. Por ejemplo, Piglia cuenta que vio el film *Excalibur*, de John Boorman, el 30 de diciembre de 1971. En realidad, esta versión de la leyenda del rey Arturo se estrenó en 1980. Que se hable de Juan José Saer y de Thomas Pynchon como autores clásicos, cuando eran todavía muy jóvenes, también permite pensar en agregados posteriores.

En apoyo de esta conjetura hay que decir que Piglia había jugado antes con las posibilidades imaginativas de los diarios de escritores. En su texto titulado “Notas sobre Macedonio en un diario”, fingió publicar algunos fragmentos de su propio diario dedicados a Macedonio Fernández. En esas páginas aparecía un extraño texto atribuido a Macedonio. En realidad, pertenece al escritor alemán Gottfried Benn. Teniendo en cuenta estos antecedentes, no es improbable que Piglia haya decidido volcar sobre su diario —y de modo retrospectivo— el fantasma de su novela sobre Tolstói. Tuve oportunidad de conversar muchas veces con Ricardo Piglia a lo largo de los años, pero solo una vez le hice una entrevista periodística. Acababa de pu-

blicar *La ciudad ausente*. Entonces me dijo: “La gente lee literatura porque en la vida no hay borradores. Es el inconveniente máximo que tiene la vida”.

Tal vez Piglia encontró lo más parecido que puede haber al borrador de una vida: el diario personal, donde los hechos sí pueden alterarse. Modificar un diario personal es casi como hacer un borrador de la vida, un borrador retrospectivo que da la ilusión de que la propia vida puede corregirse como si fuera una prueba de galeras. (Fuente: <https://bit.ly/3rhh3q8>).

19

Uno de los pocos escritores y hombres que adoran y aman los hospitales es el narrador mexicano Sergio Pitól. Escribió alguna vez:

Adoro los hospitales. Me devuelven las seguridades de la niñez: todos los alimentos están juntos a la cama a la hora precisa. Basta oprimir un timbre para que se presente una enfermera, a veces hasta un médico! Me dan una pastilla y el dolor desaparece, me ponen una inyección y al momento me duermo...

Por diferentes problemas de salud, Pitól viaja con frecuencia a La Habana y se suele internar en un hospital a las afueras de la capital cubana. A veces sus estancias en dicho lugar se extienden semanas o meses. Es como si fuera su refugio, su guarida, su escondite del mundo. Pitól con el paso de los años, ha perdido cierta audición y también la capacidad del habla. Aun así, lee y lucha contra las palabras. Es paradójico que un escritor que siempre tuvo las palabras

a su merced; ahora sean sus enemigas y por eso tenga que luchar día a día.

En esos viajes a La Habana suele visitar a sus amigos poetas, narradores, dramaturgos, entre ellos, brilla con luz propia la poeta cubana Reina María Rodríguez que lo recibe en su cálida y bella casa azotea. Ahí en ese lugar y con cierta ayuda de un colaborador, departe, bebe alguna cerveza y come. Como buen mexicano se nota que le gusta comer. Y así lo hace durante varios minutos sustrayéndose de toda conversación.

En su libro *Una autobiografía soterrada*, Pitó escribe:

Ayer al mediodía me interné en el Centro Internacional de Salud La Pradera, a media hora de La Habana; por la tarde exámenes y visita a los doctores. Me explicaron el tratamiento al que me deberé someter; por las mañanas me extraerán sangre, la enriquecerán con ozono en un recipiente alto y la reintegrarán al organismo por la misma vena.

Tendré, pues, todo el día para descansar, leer, hacer ejercicio en un inmenso jardín, y recapacitar sobre mis males y sus posibles remedios. Estoy atrasado en todos mis trabajos; procuraré escribir y leer con entera tranquilidad.

La nueva vida de Sergio Pitól va entre reflexiones, ensayos, cuentos y recetas médicas. Su último libro se iba a llamar: *El hombre que amaba los hospitales*. Su vida es ahora un hospital movable que aparece y desaparece de su imaginación. La libertad de dormir es la misma libertad de soñar despierto o de no soñar. La literatura guarda el fuego en sus propias heridas. La imaginación sigue viva y latente en su mente de escritor. El mundo es un hospital. El hospital es el mundo. No importa. Como ya lo dijo al inicio, él adora los hospitales. En su caso, la literatura se renueva todo el tiempo como su sangre con ozono.

20

En el mismo artículo donde cita a Piglia, el escritor argentino Pablo de Santis, afirma que el gran escritor argentino Adolfo Bioy Casares tuvo un libro pendiente: la novela *Irse*. Él nos dice: En una entrevista de fines de los años setenta bosquejó el argumento: un sabio de barrio se ausenta de la familia y se encierra en un altillo a fabricar una máquina fabulosa. La ciencia ficción escrita en Argentina siempre ha tenido ese rasgo de intimidad: no se trata de viajes espaciales, sino de misteriosos institutos en medio del campo o en algún barrio o sabios encerrados en altillos. La ciencia ficción escrita en inglés suele hablar de la sociedad y del futuro, y su modo es la ironía. La literatura fantástica habla del individuo y del pasado, y su tono es melancólico. Pero la ciencia ficción argentina siempre ha sido una especie de literatura fantástica amueblada con máquinas inexplicables. En Bioy estas innovaciones técnicas siempre están relacionadas con el pasado: de lo que en realidad se trata es de recupe-

rar a una mujer. Su ciencia desconoce otra utopía que no sea la restauración de un pasado idealizado.

Cuando Bioy publicó *Una magia modesta*, uno de sus últimos libros, los lectores encontramos un cuento llamado “Irse”. Contaba una historia muy distinta del argumento que había prometido. Aquella novela del altillo nunca se desarrolló. La novela *Irse* había cumplido con su título (Fuente: <https://bit.ly/2NVEjnY>).

21

Si existe un escritor que parece ser todos los escritores y que da la impresión que nunca se repitió es Georges Perec. Reconocido escritor francés que escribió libros diferentes. Pero lo que pocos conocen es que Perec dejó varios libros inconclusos y pidió que nunca se publicaran.

¿Un libro digno de su autor; un autor digno de su libro? Eran libros que recogerían voces de escritores vivos y muertos pero ese libro no se podía publicar, era infinito, era un libro que nunca se terminaría de escribir, porque donde haya un escritor hay un libro por emerger de la oscuridad, del silencio, de la muerte o contra la muerte, un libro virgen, nuevo y renovador, un libro que sería todos los libros.

La obra literaria de Perec es abundante y diversa. Incluye novelas, ensayos, poesía, obras de teatro, guiones y otros libros misceláneos. Su primera novela acabada fue *El Condotiero*, la que sin embargo fue pu-

blicada póstumamente en 2012. Antes de este libro, Perec ya había escrito otros proyectos de novela menos logrados, algunos de los cuales se han seguido publicando póstumamente, como es el caso de *L'Attentat de Sarajevo*, aparecido en 2016.

Se conoce que Perec dejó varios originales que están en manos de la Asociación Georges Perec, pero no hay fechas de publicación de esos libros. Por ejemplo, *53 días*, novela que no pudo terminar porque murió mientras la escribía, aunque como dice Vila-Matas, es una novela perfectamente planificada y terminada, en la que Perec había calculado todo, incluida la interrupción final.



22

Julio Inverso fue un poeta y narrador uruguayo. Su destino era la medicina, pero se dedicó de lleno a la literatura. Formó parte del grupo Tristán Tzara en los años 80, grupo que hacían intervenciones, actividades y talleres abiertos al público. Publicó varios poemarios como: *Falsas criaturas* (1992), *Milibares de la tormenta* (1996), *Más lecciones para caminar por Londres* (1999).

La literatura uruguaya tiene grandes nombres que sobresalen, pero siempre es calificada de extraña. Más que por sus obras por sus escritores, tenemos el caso de Horacio Quiroga; Delmira Agustini que fue asesinada por su marido Enrique Job Reyes y después él se suicidó; Marosa di Giorgio, el mismo Onetti, entre otros.

Volviendo a Inverso, él era un poeta gótico. Un poeta punk. Un poeta rebelde. Incomprendido, veloz, agresivo, desafiante. El poeta y crítico uruguayo Rafael Courtoisie dijo:

Algunas veces sonaba el teléfono de mi casa a las tres o cuatro de la mañana. Era Julio Inverso, con su poesía y su radical existencia. En medio de la noche, había tenido alguna revelación que me quería comentar. Por lo general, la revelación tenía una intensidad lumínica tal que ya no podía volver a dormirme. Inverso encandilaba. A veces cegaba. Claro, la muerte, en el serpentario que suelen ser los corrillos literarios en Madrid, en Sarajevo, en Berlín, en México, en Bogotá y en la austral Montevideo, purifica. La muerte mejora notoriamente cualquier currículum. Pero no es su suicidio lo que hizo buenos sus textos. Sus textos eran muy buenos desde que comenzó a publicar, con seguridad, con mano diestra, con extraordinaria originalidad que habrá que atender.

Inverso se suicidó ahorcándose en Montevideo en 1999, pocos días después de la publicación de *Más lecciones para caminar por Londres*. Varias de sus obras han sido reeditadas o publicadas por primera vez en forma póstuma y una parte aún permanece inédita.

23

Poeta y músico guayaquileño: Medardo Ángel Silva fue un niño prodigio. Nació dentro de una familia muy pobre. Su padre murió de una enfermedad y su madre lo crió sola, con una pequeña pensión que le daban por su fallecido esposo. Vivió cerca del gran Cementerio de la ciudad de Guayaquil; cementerio que el poeta chileno Pablo Neruda dijo alguna vez: *Los muertos vivían mejor que los vivos* y que el joven poeta siempre creyó que era verdad.

Estudió música en diferentes conservatorios y se dedicó de lleno al periodismo. Incluso llegó a convertirse en editor de diario El Telégrafo de Guayaquil. Sus poemas al principio fueron rechazados de varias revistas y diarios, pero poco a pocos se fueron publicando y tuvo con el paso del tiempo críticas que reconocían su talento.

Publicó la novela *María Jesús* (1919), un libro de ensayos y un poemario *El árbol del bien y del mal*

(1918). Sobre todo su libro de poemas le dio reconocimiento y fama, a pesar de las claras influencias de los *poetas malditos franceses* sobre todo de Verlaine, Baudelaire; Rubén Darío y Amado Nervo. Una parte de su obra sigue inédita.

Su obra y su nombre se fueron popularizando en el imaginario del pueblo ecuatoriano, a pesar de ser un joven tímido y melancólico. Se enamoró perdidamente de una joven llamada Rosa Amada Villegas. Ella nunca lo aceptó, se dice que porque lo encontraba feo, cholo y pobre. Medardo Ángel Silva siempre iba a visitarla y un día fue con una pistola (pistola que nadie sabe de dónde la sacó) y le pidió que sea su novia. Ella lo rechazó y el poeta en su inocencia y ceguera se dispara en la sien.

Con el tiempo se ha dicho que fue asesinado porque la bala entró por detrás de su oreja y hay otras versiones que dicen que fue una bala loca que se le escapó jugando con la pistola. Lo cierto es que la fama del poeta sigue creciendo, al igual que los mitos. Hay parques, colegios, escuelas y calles que llevan su nombre en su ciudad natal.

24

El nombre real de Paul Celan fue Paul Pésaj Antschel o Ancel y nació en Rumanía. Sus padres fueron judíos sionistas y fueron recluidos y asesinados en un campo nazi, cuando Paul se había marchado a Francia para estudiar medicina. Paul no regresó más a su país de origen.

Obtuvo en 1948 la nacionalidad francesa y dio clases en varias escuelas y colegios de París. Posteriormente fue traductor y vivió algunos años en Alemania, Suiza e Israel.

Con el paso del tiempo, Paul Celan empezó a sufrir severas crisis nerviosas, delirios; incluso se dice en sus biografías que intentó matar a su esposa. Celan se internó en clínicas psiquiátricas por semanas y hasta meses.

Fue considerado un gran traductor. Su facilidad para aprender idiomas ayudó a esta faceta un poco desconocida de este autor. Celan era un poeta bastante

prolífico, aunque publicó poco. Celan era un hombre viajero, incomprendido, con varios conflictos de personalidad y de autoestima. En vida su obra fue rechazada constantemente de importantes editoriales de Europa.

Pero las crisis nerviosas se fueron ahondando con el paso de los años, sus crisis emocionales, su soledad arraigada desde la infancia, la mala relación con su esposa y su único hijo (por culpa de su misma esposa), no ayudaron al poeta. Celan no se hallaba en el mundo, tal vez lo que alguna vez fue ya había quedado en el pasado, su identidad resquebrajada, sus poemas surrealistas dispersos en cuadernos sucios, su amor a la literatura que cada día se agotaba como su vida. Una noche de 1970 se sentó por varias horas en el puente Mirabeau para finalmente lanzarse al río Sena. Su cuerpo fue encontrado horas después por la policía y fue llevado a una oscura morgue de París.

25

La historia oficial de la vida de Frida Kahlo quiere que creamos que murió por gangrena o por complicaciones sobre sus distintas enfermedades, pero se sabe que ella al final escribió muchos mensajes y pensamientos sobre su futuro suicidio en su diario. Afirmaba que no se mataba por *vanidad* en creer que ella le iba a faltar a Diego Rivera. Vanidad y falsas creencias ya que se conoce que Rivera se casó un año después de la muerte de Kahlo con una antigua amante.

Desde muy joven sufrió un terrible accidente que le fracturó la columna y varias partes del cuerpo y eso sería su *karma* durante su vida, pero también su mayor motivación y espejo para su pintura. Tuvo algunos novios pasajeros y amantes (tanto hombres como mujeres, entre ellos se encuentra el famoso revolucionario ucraniano León Trotski). Son famosas las infidelidades de lado y lado y los escándalos públicos. Kahlo se dedicó un buen tiempo al alcoholismo y a las drogas. A pesar de esto nunca se divorciaron.

Viajó junto a Rivera y estuvo bajo su sombra durante años que fue descubierta por críticos, pintores y artistas de su generación tanto en México como en Europa. Kahlo participó activamente con su compañero Rivera en manifestaciones y actividades del partido comunista mexicano.

La obra pictórica de Kahlo explora el surrealismo y el expresionismo y sobre todo su gran inspiración es ella misma y sus miles de dolores, heridas y engaños. Vargas Llosa nos dice:

Frida Kahlo fue capaz de elaborar una obra de una consumada coherencia, en la que la fantasía y la invención son formas extremas de la introspección, de la exploración del propio ser, del que la artista extrae, en cada cuadro —en cada dibujo o boceto— un estremecedor testimonio sobre el sufrimiento, los deseos y los más terribles avatares de la condición humana.

Al final de los días, por una gangrena, le tuvieron que amputar una pierna. Siguió con su pintura, escribiendo poemas y pensamientos en su diario personal. Sus enfermedades, la depresión y el fantasma del suicidio se hicieron presentes. Escribió en su diario una frase final muy suya y que es muy famosa: “Espero alegre la salida y espero no volver jamás”. Lo que

pocos sabían es que ella escribía su primera novela que quedó inconclusa.

En 1954, se cree que se quita la vida tomando una gran cantidad de pastillas, por lo cual, no se realizó ninguna autopsia. Su cuerpo fue incinerado y sus cenizas reposan en su Museo Casa Azul de Coyoacán.

26

La sincronidad azarosa de los trenes es el libro que nunca escribió el novelista ecuatoriano Luis Alberto Bravo. Él afirmó alguna vez: “Siempre quise una novela llamada así”. Pero el editor no aceptó el título por considerarla “fatal” o por parecer un título “científico”. Al final, optamos por Crow, que es el personaje principal de la novela. Sin embargo, el tema interno de Crow sigue siendo el de las sincronías del azar.

Para la escritura de la misma, me apoyé de varias lecturas. Una de ellas fue *La nariz del diablo* de Luz Argentina Chiriboga; me ahorró el trabajo de revisar muchos libros de historia. La deuda la pagué haciendo que mi personaje David Marret fuera bisnieto en la ficción del personaje de Chiriboga: Gregory Marret. En abril, cuando salió el libro, mientras conversaba con el editor, en su oficina en Casa Egüez, me comentó que Chiriboga había vivido en esa casa en el pasado. Una última experiencia, sucedió este mismo año.

Asistí a un almuerzo de la familia de mi novia. Su tío Diego me recibió en su casa. Llevé un ejemplar de *Crow*, como agradecimiento por la invitación. Mi sorpresa fue conocer que la esposa de Diego, Dayana, se apellidaba Marret. Aunque *La sincronidad de los trenes* no integra mi bibliografía, había asistido al almuerzo de un descendiente de mi personaje de ficción.

27

El escritor español Miguel Ángel Hernández me confesó alguna vez: *El libro de los durmientes*, es un libro que es siempre un proyecto y que creo que jamás escribiré. Es un intento de thriller de terror-misterio, género que ya me queda muy alejado de mis actuales intereses literarios.

Se trata de una especie de thriller histórico acerca de las fotografías de difuntos. Un estudiante que hace una tesis doctoral sobre esta práctica común a finales del XIX, descubre un rictus extraño en muchos de los difuntos de un mismo fotógrafo.

¿Será un asesino que mata a sus víctimas para poder fotografiarlas? El joven comienza a bucear en la historia y descubre un pasado en el que él también está implicado. Es una novela sobre las imágenes de la muerte, pero también sobre los modos en los que el pasado intenta aflorar en el presente por mucho que uno intente ocultarlo.

28

En un viaje La Habana-Panamá me encontré fumando en la sala de espera de Lan, al escritor chileno Alejandro Zambra. Él me contó algunos adelantos de su nuevo libro que se titularía *Yo fumaba muy bien*. Le dije que me parecía un excelente título, muy en la onda de este autor chileno que nos ha regalado valiosos libros como *Bonsái* o *La vida privada de los árboles*. Al parecer *Yo fumaba muy bien* era el título de su nueva novela, pero al final es el título de un cuento que está en *Mis documentos*. Parece que la novela se esfumó con el humo de su último cigarrillo.

29

La habitación de K daba al jardín. Era un cuarto lleno de flores y de fotos familiares. Había algunas fotos de su familia, de escritores, de amigos, de algunas amigas, de su gran amor. K se despertaba muy temprano en la mañana, casi al alba, para mirar cómo el sol encendía las flores, los árboles, las plantas. De vez en cuando algún pájaro sobrevolaba el jardín dejando flotar en el aire su sombra, su esqueleto invisible. K se asomaba por la ventana y así se quedaba observando por horas el breve paisaje. Horas después sacaba su cuaderno y escribía algunas ideas, dibujaba y reflexionaba. K dejaba de escribir, soltaba el lápiz y se recostaba en su cama. Su mente divagaba, su mente volaba, su mente era pájaros que volaban en círculo, su mente se quedaba en blanco.

Dormía. Al rato se volvía a despertar y no sabía quién era él. Se olvidaba de su nombre, se olvidaba de su pasado, se olvidaba por qué estaba allí, si es que había realmente alguna razón por estar allí.

Se levantaba de la cama, daba algunos pasos y sacaba de un pequeño anaquel, un libro de Dostoyevski y se sentaba a leer. Dostoyevski era uno de sus escritores favoritos. Uno de esos escritores que al leerlo le traía calma. Calma que no duraba mucho, pero mientras lo leía, sentía que volaba, que divagaba lejos ahí, lejos de todo el mundo. En esas páginas se sentía vivo, se sentía muerto. Se enfurecía y lanzaba el libro contra la pared. Lo miraba caer al piso, lo volvía a recoger y lo dejaba en el anaquel. Le daba miedo dañar sus únicas compañías. Sus únicos amigos fieles y verdaderos, después de la literatura no hay nada más pensaba.

Ay, K tú sabes que puedes volar todo el tiempo, pero siempre hay que regresar. Siempre hay que volver a uno mismo, regresar a los huesos y a la carne que nos protege, a este cuerpo que no quieres como tuyo, pero que por ahora te pertenece.

Por qué tanto miedo de ser o no ser, de estar y no estar, el mundo es un breve paisaje, un breve instante, un breve recorrido por la tierra para volver a la tierra. Bien lo sabes, por qué tanto te quejas, si la vida no es nada. Se quedó inmóvil como una concha frente al jardín y no pensó nada más. Se negaba a seguir pensando. Pensar de algún modo lo torturaba más. Lo enloquecía más. Lo enturbiaba más. Y así se quedó hasta que cerró los ojos y durmió un rato.

Generalmente sueña con cosas que después no recuerda. O tal vez sí, pero no quiere traerlas a su mente. Siente temor por lo que ve, que prefiere callar para no decir nada a nadie, así se siente más seguro de sí mismo, así prefiere algún día morir: en silencio. Toc, toc, se escuchaba que alguien golpeaba la puerta. No abría los ojos. Toc, toc, seguían tocando la puerta, hasta que alguien abrió la chapa y entró.

Era una enfermera que traía el almuerzo. Seguía dormitando en su silla, apenas respiraba. La enfermera dejó la comida y se marchó por donde entró. Seguía durmiendo. En el sueño se veía transitando una estrecha avenida de Praga. Por el otro lado de la avenida venía caminando su padre. Al verlo bajar por la calle, se arrimó a un árbol y se agachó para que él no lo viera. Su padre siguió de largo. K estaba agachado junto al árbol. Él sentía admiración y odio a su padre, por diferentes secuelas y heridas producidas en su infancia.

Él era el culpable de sus inseguridades y de sus miedos. El padre, el primer hombre que admiró en su vida y el primer enemigo feroz. El primer hombre digno de ser ahorcado por sus manos. Después de ese extraño sueño escribió algunas ideas en su cuaderno. Constantemente soñaba con su padre.

Él era parte vital de sus sueños o pesadillas. Aunque con el paso del tiempo, su imagen se iba diluyendo extrañamente entre sus escasos recuerdos de infancia. Mataba el tiempo leyendo y escribiendo. A veces salía al jardín del sanatorio para despejar la mente recargada de literatura o de fantasmas. Es que la literatura, según sus propias palabras, lo tenía tomado por completo, desde la raíz hasta los huesos, pero de algún modo la literatura lo liberaba y lo seguía atando a la vida. La idea del suicidio se esfumaba cuando escribía. Escribiendo mataba a sus delirios y alejaba a la muerte. Solo vivía para y por la literatura. Los libros eran su compañía, su pasatiempo, su escape y fuga. Leer era un acto de magia, de esoterismo, de conjurar lo oscuro y tenebroso que había en su corazón.

Para K escribir era un no estar en el mundo o a veces era un estar, pero en un centro mismo del mundo, alejado de Praga, de sus amigos, de su gran amor, de su padre. Escribiendo, la rutina se hacía más llevadera, más real, más humana. Escribir para nadie. Escribir para sus tormentos. Escribir para saciar el hambre, el sueño y la vida. Para calmar a su otro yo, sus miedos, sus debilidades, sus ataques de ira contra un mundo que era ingobernable o que no lo satisfacía en lo más mínimo.

La literatura era lo único cierto, lo único verdadero en mundo lleno de mentiras, de falsedades y de hipocresías. La doble moral humana, la envidia, el egoísmo, la vanidad eran pequeños males que lo consumían de a poco. Comía poco, tomaba poca agua, dormía poco, escribía bastante, leía más. Sus lecturas iban desde las corrientes clásicas de Goethe y Schiller, la literatura rusa, personificada en Gogol, Dostoyeski y Tolstói, la francesa, en Flaubert y Stendhal. Autores nórdicos como Ibsen, Strindberg o Hamsun, leía a autores contemporáneos como Max Brod, Arthur Schnitzler y Franz Werfel hasta llegar a clásicos como Cervantes, Shakespeare o Dante.

K escribió algo así como su propia biografía:

Nací el 3 de julio de 1883 en Praga. Asistí ala escuela pública del casco antiguo hasta el cuarto grado y luego asistí al instituto público alemán también del casco antiguo. Con dieciocho años comencé mis estudios en la Universidad alemana Karl Ferdinand de Praga. Después de aprobar el último examen de Estado, trabajé a partir del 1 de abril de 1906 como ayudante del abogado Dr. Richard Lowy, en el casco antiguo. En junio aprobé el Rigorosum y el mismo mes obtuve el grado de Doctor en Derecho. Entré en el bufete, tal y como acordé con el señor abogado, solo para aprovechar el tiempo, ya que desde un principio había renunciado a seguir la carrera de abogacía. El 1 de octubre de 1906 entré en el gabi-

nete jurídico y permanecí hasta el 1 de octubre de 1907... [hasta ahí parece que llegó la buena memoria de K, no escribió más sobre su vida ni sobre lo que pasó después].

Entre los sueños más recurrentes se hallaba su natal Praga, las calles de Praga. En toda su magnitud, su belleza y oscuridad. Se veía a sí mismo caminando por las calles. Sentado en los parques de su infancia, en su colegio, en su casa natal cuando todavía su familia era un solo puño y no habían crecido los abismos entre su padre y él.

Dijo alguna vez: “Hoy es, además, el primer día en que siento la ciudad”. La ciudad inventada. La ciudad vertical que lo poblaba por dentro. La sangre. Las casas que podía esconder en la palma de la mano. La lluvia torrencial. La nieve. El invierno. Los niños que reían como pequeños pájaros desde los árboles de su imaginación.

Para él Praga, su ciudad natal, era un castillo mágico, un lugar de escondite, un pasadizo a otras esferas, un recorrido en el tiempo del mundo, un espacio vacío, un enigma que su mente imaginaba como si fuera un gran rombo. El recuerdo o el fantasma de K seguía navegando por esas legendarias calles de Praga. La ciudad que lo vio nacer, ¿la ciudad que lo verá morir?, K sigue escribiendo sobre su ciudad natal como

si al escribir la tuviera intacta en su memoria. Como si las palabras pudieran elevarla hasta el cielo y embellecerla de flores y de nubes. K sueña con Praga, la recuerda como si fuera un niño que tal vez recuerda su primer juguete navideño.

Praga es el lugar de su infancia, pero es la ciudad que lo vio crecer y formarse como profesional y como hombre. Praga es la ciudad de los espejos y de los caminos inconclusos. Es la ciudad que le clavó un puñal por la espalda. Que mató su infancia y lo arrojó a una vida extraña, llena de resentimientos. Praga es la ciudad imposible, es el paraíso y es lo más parecido al infierno terrenal.

Sabe que esa ciudad lo ama, pero lo desprecia. Sabe que en esa ciudad puede ser muy feliz o ser un perfecto desgraciado. Sabe que con Praga no se juega. Sabe que Praga es una ciudad para aventureros, para magos, para videntes, para hombres que sepan jugarse la piel y el lomo. Algo que al parecer no te convence. K no demuestres miedo porque si temes serás presa fácil de los asesinos, de los locos, de los derrochadores y de los hombres del mal que abundan en esas calles frías y oscuras. Praga es para hombres guerreros, de corazones duros, algo que tienes de sobra K, pero que a veces te cuesta reconocerlo, ¿verdad?

Sabe que Praga es una ciudad hermosa pero conflictiva, compleja y única. Sabe que Praga lo espera con todas sus miserias y bondades. Que Praga es invencible y que es la ciudad de los dioses. No sabe con certeza cuántos días, semanas o años tiene que estar en el sanatorio. No tiene certeza de la gravedad de su vida o si su vida corre peligro. Recibe de vez en cuando cartas de amigos, de su gran amor o de su familia que le hablan de los problemas de la vida en Praga. Sabe que su realidad, por ahora, es vivir en ese lugar con vista al jardín. Desconoce si volverá a Praga algún día. Y como para exorcizar la imagen que tiene de Praga, sigue escribiendo sobre su ciudad natal.

La relación de K con el bien y el mal es profunda, es enigmática, es frontal. Tiene también muchos cuestionamientos y dudas sobre Dios y el Demonio. Por ejemplo, K escribió: K mira al jardín. Piensa en su pasado y en el presente que se escapa por sus manos. No sabe qué más esperar o qué vendrá para su suerte. K piensa y vuelve a reflexionar sobre este tema fundamental para la humanidad, pero que en sus propias palabras pareciera que las oscuridades van tomando luz y se va recreando el lenguaje de lo incierto. K sigue cuestionándose. Lee algunos artículos y fragmentos religiosos. No lo convencen, para nada. Se sienta en una de las sillas de su pieza y escribe.

La libertad es un tema crucial en toda la literatura de K. Se podría decir que en todas las novelas y relatos de K siempre se está confrontando este tema. Constantemente en días terroríficos o calmos dentro de su pieza reflexiona. Era un gran defensor de la libertad desde varios puntos de vista. Desde lo familiar, lo íntimo hasta lo social y político. Su relación con su padre, sus labores diarias, el trabajo; fueron creando en él una lucha férrea por la libertad como muy pocas veces se ha visto.

Uno de los temas que más atormentaban a K era el tema del amor. El matrimonio. El compromiso familiar. Estamos seguros que como esposo no hubiera cumplido un mal rol, pero aún así las inseguridades y los miedos de infancia afloraban en los momentos menos esperados. Finalmente había decidido casarse con su gran amor. Pero la reciente enfermedad que lo aquejaba de a poco, lo hacía dudar a él, a ella y sobre todo a la familia de ella. Seguía despertándose muy temprano por la mañana, salía a caminar por el jardín, veía los pájaros que se perdían entre las nubes, las flores, los árboles y pensaba sobre su gran amor. Ay, por qué tanto sufrimiento y desdicha, claro que mereces ser feliz, tú lo sabes, mereces ser feliz encima de todas las cosas. El pasado es el pasado; el amor, el matrimonio, la felicidad deben ser parte de tu presente y futuro. No te niegues a ser feliz, aunque sea una vez en la vida.

Pensaba y se recriminaba a sí mismo. Siempre la misma rutina y el mismo cuchillo que se clavaba en su corazón. El miedo lo consumía, las enfermedades imaginarias y reales lo consumían, pensar en ella era su tabla de salvación, aunque a veces lo negara. Para K el amor no era un asunto más de su vida cotidiana, todo lo contrario, para él era un asunto muy serio y complejo. Como para todos, pero para K el asunto era de una importancia vital y significativa. Sentía y pensaba que había alejado al amor, o lo que es peor, que había decepcionado al amor. Que, con su alejamiento físico y espiritual, algo se había roto entre él y su gran amor. Era verdad que habían hablado de casarse e irse a vivir juntos a una casa a las afuera de Praga.

Ella lo había aceptado tal como era, con sus problemas emocionales, sus inseguridades, su repentina enfermedad y con sus problemas económicos. Aunque esto no era un gran impedimento para ellos. Ella trabaja con su padre, le ayudaba en asuntos de contabilidad y de pagos. De algún modo era la mano derecha de su padre. Para K las cosas iban mejorando en lo laboral, ya trabajaba para un reconocido abogado y los asuntos laborales iban mejorando poco a poco, a pesar de las crisis económicas que azotaban a Europa y las guerras que traían daños económicos. A pesar de todo esto, seguía pensando que le había fallado a su gran amor. Era claro que K tenía muchas dudas, problemas, complejos,

miedos que no los sacaba a la luz, se los guardaba como si él fuera un gran cofre de secretos. Es obvio que tengas miedo, sobre todo por todo lo que has vivido en el pasado, junto a tu familia, los problemas maritales de tus padres, tus inseguridades, el odio que le tienes a tu padre, el cariño de tu madre y de tu hermana, pero aún así sabes que puedes superarlo, no es tan difícil, aunque esto suene fácil de decirlo.

Cuando pensaba en el amor, se encerraba a sí mismo como si fuera una especie de tortuga o animal raro, que se contrae para adentro. Cuando estaba con tantos problemas en su cabeza, dejaba de comer, de beber agua, y los problemas estomacales no se hacían esperar: la gastritis y la úlcera lo acechaban cada día más. Tomaba pastillas para calmar la ansiedad y la intranquilidad. Por esos días escribía mucho. Anotaba ideas, escribía cuentos, escribía algunos poemas inconclusos, cartas a sus amigos, a su familia.

Hablaba con otros pacientes del sanatorio. Se mostraba aterrado y nervioso. Las enfermeras lo cuidaban y le daban más pastillas para que pudiera relajarse y dormir. La idea del suicidio se aparecía de repente en su vida, como si fuera un pequeño fantasma que lo atravesaba y lo alteraba. Entre sus inseguridades y miedos, había decidido que quería casarse. Que daría finalmente el primer paso para hallar la fe-

licidad. Que a pesar de lo que digan o piensen de él, quería casarse con su gran amor y ojalá tener un hijo. Todos sabemos que este sueño o deseo no pudo darse ya que su enfermedad fue empeorando y los padres de ella, le prohibieron que se casara con K. Que sería una locura casarse con alguien tan inestable y enfermo.

Ella insistió, pero la fuerza y la voz de sus padres se impusieron. No pudo hacer nada para cambiar esta decisión del padre de su gran amor. A pesar de todas las cartas que le escribió, asegurando que se mejoraría y que él guardaba para ella, un gran y perfecto amor. El padre no cedió ante sus peticiones y ellos nunca se pudieron casar. *Mi nombre en hebreo es Amschel* escribió alguna vez. A pesar de cualquier situación íntima o familiar, nunca dejó de reconocerse como un judío más. Se podría afirmar que la experiencia y conciencia de ser judío marcó profundamente a K como ser humano y escritor. Siempre reflexionaba sobre ser judío en el mundo y sobre todo en la época que le tocó vivir.

Cada día que pasaba era un día más perdido. Un día encerrado en la cárcel de las palabras y de las interminables preguntas sin resolver sobre su vida. Su único refugio era el lenguaje. Se sentaba y escribía por horas y horas. No le importaba el cansancio, su nueva enfermedad, el sueño, el hambre, la sed; para él escribir era más que una necesidad. Su razón de estar en el mundo.

Era lo mejor que sabía hacer, aunque él no lo viera así. No le interesaba publicar ni darle sus escritos a críticos para que lo alaben o lo destruyan. Se siente cada día más solo. Apenas recibe noticias del mundo de allá afuera. Praga se ve lejana desde su ventana con vista al jardín. Extraña a su gran amor, a ese amor que no pudo ser, que no se afianzó en la empresa del matrimonio. Su padre quebró su destino: ser marido y mujer y ser muy felices. Se refugia en sus libros. Vuelve a sumergirse en la literatura de Dostoyeski, en la poesía de Hölderlin, en la prosa de Cervantes. K lee a Goethe, Mogol y los diarios de Flaubert, que, de algún modo, lo transportan a su propio diario, su propio cuaderno que es testigo de los sufrimientos más íntimos.

Se sintió identificado con varias partes del diario de Flaubert. Sentía que lo que leía no era de Flaubert sino de él mismo. Se identifica con los puntos de vista, las ideas, las frases, la sintaxis del escritor francés. Seguía escribiendo y leyendo mucho. Estaba entusiasmado con la idea de escribir nuevos cuentos y alguna novela. Tenía miles de ideas que revoloteaban como pequeños pájaros en su cabeza. Ante la ausencia de amigos reales, ante la ausencia del calor familiar, ante la ausencia del amor, la literatura se mostraba como una gran madre dispuesta a cobijarlo en su seno.

Así K evidenciaba cada vez más su amor hacia la literatura y su búsqueda de espacio vital. Quería todo el tiempo para leer y escribir. Así mataba el tiempo y sobre todo alejaba a los fantasmas que lo aquejaban. En sus tiempos libres le escribía cartas a su amigo Max Brod, a su gran amor, a su madre. En sus cartas contaba cómo era su vida cotidiana cada día en el sanatorio. Se despertaba temprano en la mañana, tomaba un ligero desayuno (la comida nunca fue uno de sus intereses), leía el periódico o encendía la radio, para escuchar algo de música clásica. Después salía de su habitación y caminaba un rato por el jardín. Hablaba con otras personas del sanatorio (nunca hablaba de literatura, era una ley que tenía para sí mismo, ya que salir de su habitación era como un breve descanso del agitado mundo de la literatura), por eso intentaba hablar de lo que sea, menos de literatura.

Con las demás personas del sanatorio hablaba sobre su infancia, sobre deportes, música clásica, política y hasta de su gran amor. Cuando hablaba del amor, sus ojos rápidamente se nublaban y era como si de repente alguien traspasara la línea de lo normal y lo aceptable e intentara profundizar sobre un tema que para él era muy delicado y tormentoso, aunque no lo demostrara fácilmente.

Así que cuando alguien intentaba cruzar esa línea imaginaria, lo paraba de raya y cambiaba bruscamente el tema. Solo se permitía hablar lo que se podía hablar, digamos, sin comprometerse realmente con el diálogo y con la conversación del otro. Se olvidaba del otro y se centraba en él y se olvidaba del mundo. Por esos días comenzó a sufrir de insomnio o de sueños raros, indefinidos que de algún modo lo perturbaban y lo hacían perder el camino. Sucesivamente los sueños lo desvelan, lo transportan a otros lugares, a otros miedos. La enfermedad que padecía cada vez se hacía más notoria en su vida. Pasaba tosiendo, a ratos escupía sangre. Por primera vez tuvo miedo a la muerte.

Siempre la había sentido cerca pero ahora la sentía a lado suyo como esperando algo, ¿su pronta despedida? Ay, siempre el mismo temor y miedo a las cosas extrañas. Es normal que sientas duda y curiosidad por lo diferente, pero no te aísles, ya estás lo suficientemente aislado en este sanatorio para seguir huyendo de ti mismo.

Sentía que su vida estaba llegando a su fin. ¿O tal vez estaba empezando, pero de una forma distinta para el resto de los seres humanos?

Cuando K era muy joven la idea de la muerte lo horrorizaba. Con el pasar de los años, esta idea

fue siendo más naturalizada, más clasificada, más reflexionada por el escritor. K pasaba mucho tiempo pensando y profundizando la idea del viaje final. Pensaba mucho y hasta llegaba a afirmar que era huésped en la casa de los muertos. K a veces deliraba, la fiebre lo consumía, la enfermedad que lo aquejaba se hacía a veces insufrible. Escribió: “Fui huésped en la casa de los muertos”. Seguía interrumpidamente escribiendo a diario en su cuaderno. No lo dejaba ni al sol ni a sombra. Su cuaderno se había transformado para él en casi en una extensión de su cuerpo. Más importante que un pie o una mano.

Deliraba, escribía, comía poco, bebía poca agua, dormía poco. Se daba tiempo para escribir cartas a su amigo Max Brod, a su gran amor, a su familia. La imagen de su padre de repente aparecía en sus sueños y no lo dejaba en paz. Deliraba de angustia y de fiebre. Sentía que la vida se la iba por las manos y escribir era una forma de retenerla, de restarle importancia, de robarle minutos extras. En sus sueños y en la realidad ve a la muerte, conversa con ella, se pelea con ella. Ve a la muerte como ser pacífico que viene a dialogar en paz, a ratos como un espacio vacío, a veces viene con el rostro de su padre. Escribe algunos cuentos, algunos poemas que sigue dejando inconcluso, cartas, notas, reflexiones, novelas breves.

Ve sus escritos y a ratos no los reconoce. Para K es como si otro escritor los hubiese escrito. No se reconoce en esos pasajes de su literatura. El lenguaje se le vuelve una trampa. Una fuga sin fuga. Una bomba de tiempo. Siente miedo de la muerte que lo visita, que le habla, que lo atormenta. Sabe en el fondo de su ser que le queda poco tiempo, porque sabe que su cuerpo no aguantará por muchos meses o años la enfermedad que lo aquejaba. Escribir le ha ayudado a mantenerse en pie, pero no lo será por mucho tiempo. No ha disfrutado de una carrera literaria como la que alguna vez pensó, tal vez porque no estaba escrito en su futuro o porque no la buscó, eso es algo que solo él lo sabe.

De algún modo, se preparaba para lo inevitable. Su vida era las pastillas, el insomnio, el miedo a la muerte, la soledad, su literatura, el vacío de la vida que se abría como una boca con dientes dispuesto a devorarlo.

Pensó en suicidarse, se veía como un animal dentro de una jaula. Estaba muy angustiado, desesperado. Aunque muy bien sabe que el suicidio no era la última solución, después de todo, pensó, igual la muerte estaba cerca, era inútil apurar las cosas. Todo debe suceder en el momento preciso. No se aferra a la vida, pero tampoco se aferra a la muerte. Sigue imaginándose cómo sería su vida si estuviera sano y con su

gran amor. Tal vez a estas alturas ya tuviera un par de hijos, tal vez no, pero seguramente su suerte sería otra.

Sabe que con él muere su literatura y que tal vez no haya nada más del otro lado del muro. Sabe que su tiempo se agota, se debilita, se esfuma. Su tiempo se sigue escurriendo por sus manos. Escribía un libro que nunca llegó a terminar, solo en sus sueños.

El 3 de junio de 1924, la salud de K empeora notablemente. Las enfermeras y los doctores lo vinieron a auxiliar, hicieron hasta lo imposible pero el corazón de K no siguió latiendo. Fue enterrado el día siguiente en el cementerio judío de Praga. Pero antes de morir escribió en su cuaderno: “Estoy condenado, y no solo estoy condenado hasta el final, sino que también estoy condenado a defenderme hasta el final”.

30

El archivo de Roberto Bolaño es siempre objeto de pugnas y de polémicas. Como muchos saben, el autor chileno sigue siendo una figura que se lee y que despierta muchos sentimientos encontrados entre sus lectores de todo el mundo. Hace poco la revista *Milenio* reunió a veinticinco escritores mexicanos para hablar sobre los libros inéditos de Bolaño.

Las opiniones de los escritores mexicanos son variadas: Muchos no están de acuerdo con la publicación de estos libros que se consideran menores en comparación con obras cumbres como *Los detectives salvajes* o *2666* y, otra parte, afirma que quieren seguir leyendo al escritor.

Según los datos que se conocen de este archivo, todavía hay una gran cantidad de libros inéditos del autor. Se han publicado: *El Tercer Reich*, *Los sinsabores del verdadero policía*, *El espíritu de la ciencia-ficción* y *Sepulcros de vaqueros*. Pero hay más libros que aparecen en una lista fantasma como *Diorama* o *Asesinos de Sonora*.

También se habla de una sexta novela de 2666, incluso se dice que esta última novela despejará algunas dudas e incógnitas dejadas en los cinco libros anteriores. No hay nada seguro sobre eso.

Hay que recordar que Bolaño dejó una gran cantidad de poemas inéditos que se esperan se reúnan en una nueva antología poética o se sumen al libro *La universidad desconocida*.

El archivo de Bolaño es como una verdadera caja china que nunca para de alucinarnos y de sorprender a los lectores que siguen ávidos de leer más de este autor que muchos consideran como fundamental en el panorama literario de finales y principios del nuevo siglo.

31

El libro no escrito del narrador mexicano Mario Bellatin se llama: *La tortuga cretina*. Se trata sobre una tortuga gigante que aplasta a los delincuentes de México, sobre todo persigue a los políticos mexicanos que han sido implicados en actos de corrupción, de violencia, de dinero mal adquiridos. Esta tortuga es muy salvaje y cuando devora a sus presas no se conoce a dónde arroja los huesos o el residuo de su carne. Pero es una tortuga bastante amable con el resto de personas del DF y del resto del país.

32

El escritor ecuatoriano Miguel Antonio Chávez escribió una breve reflexión sobre el tema que tratamos con *El diente intruso, o el libro que nunca fue*: Entre 2011 y 2012, para cuando ya había publicado mi primera novela, *La maniobra de Heimlich* (Lima, 2010; La Habana, 2013), tuve la idea para tres novelas más. Escribí sendos arranques, de entre veinte y treinta páginas cada uno. Pero al final, ninguno me satisfizo, y solo uno de ellos lo volví a retomar, con los cauces, replanteos, sorpresas y los borra-y-va-de-nuevo usuales que se da con el paso del tiempo, el cual es el manuscrito que me he propuesto finalizar el próximo año, que es una narración relacionada con las islas Galápagos luego de la Segunda Guerra Mundial.

Como ninguna de las tres propuestas narrativas lograron cuajar en ese momento, intenté probar con un escrito de no ficción. Y pensé la posibilidad de una serie de ensayos autobiográficos, semejantes a memorias cortas concentradas en mi infancia. Por

algún extraño motivo, estos tendían a reflexionar sobre la miopía o ceguera (mi miopía no empezó en mi infancia sino en mi adolescencia). Por entonces, el referente de Saramago y su *Ensayo sobre la ceguera* era tan potente que me di cuenta que no me interesaba ser vinculado con esa obra. No fui consciente de ello hasta cuando ya había avanzado muchas más páginas en este manuscrito ensayístico.

Había cierta coherencia temática; había logrado, entre otras cosas, recordar cosas o vivencias en las que nunca había vuelto a meter mano desde que las viví o vi, tantos años atrás.

Iba todo bien hasta que sufrí el robo de mi laptop. Para entonces no era tan cuidadoso con el respaldo de los archivos digitales y pagué caro eso. Entonces volví a uno de esos tres manuscritos, pero a medida que avanzaba tuve una idea muy distinta, cada día de forma más obsesiva, la historia de un conejo megalómano que devino en *Conejo ciego en Surinam* (Bogotá, 2013). Si bien había un residuo del tema de la ceguera, esta última historia le dio vuelco completo al incorporar una trama geopolítica que permeó toda la novela. Es decir, prácticamente no usé nada del contenido ensayístico antes escrito, del que para entonces ya recordaba muy poco. Entre el robo y el último ensayo escrito, habían pasado como seis meses. Y el conejo

se escribió muchísimo más rápido que las otras ideas en las que venía trabajando tiempo atrás. Incluso, el manuscrito que pensaba entregar originalmente a la editorial no era el del conejo sino de una de esas tres.

El conejo, repentino y llegando a última hora al festín, se terminó imponiendo, como ese diente que sale en el espacio entre dos, ese diente intruso y necio que así sea buscará asentarse por encima de la encía. El manuscrito del ensayo se perdió para siempre (ni siquiera alcancé a imprimirlo o guardarlo en un mail). Si busco explicaciones supersticiosas, podría decir que ha sido mi único proyecto narrativo que siempre careció de título, no tenía ni lo que se suele llamar *working title*. Bradbury no habría tenido problema porque él hacía sus famosas listas de objetos o personas y de ahí iba barajando las ideas para sus cuentos o novelas, y los títulos salían después.

Pero Saramago no podía trabajar así. Tal como me enteré mucho más tarde, debía contar con el título claro desde el inicio. Eso es lo único que creo tener en común con el portugués.

Concluyo diciendo que al parecer el síndrome del diente intruso ha vuelto a mí, ya que, entre el año anterior y este, en medio del replanteo de la novela sobre Galápagos (de la que afortunadamente pude

avanzar mucho más), se me vino la idea para una distopía, con un grado de obsesión y frenesí mucho más intenso, nada que ver con todas las anteriores. Pese a mi reticencia inicial, decidí darle la oportunidad a la intrusa, tal como había hecho con el conejo. En caso de que llegue a sobrevivir solo una de las novelas, se repetirá la historia de Caín y Abel y tendré otra más para citar en mi micro panteón de libros que (hasta ahora) no escribiré. Si la selección natural favorece a ambas, olviden todo lo que les he dicho.

So it goes, como diría Vonnegut.

33

Sospecho que el escritor español Luisgé Martín tiene un libro secreto, una continuación no declarada y se llama *El hombre de la oscuridad* y es una suerte de continuación de *La mujer de sombra* que publicó hace algunos años con Anagrama. Este libro es el relato despiadado y masoquista de Julia, la protagonista del anterior libro que relata sus amores con Guillermo, Eusebio y otros amantes. Se puede leer como un libro sexual, potente, agresivo, sin tapujos. Este relata cómo Julia usa su látigo para amar y enamorar a los hombres más disímiles. Es un libro que nunca se publicará.

34

La reconocida poeta china Ming Di, autora de varios libros de poesía, siempre ha intentado escribir sobre su infancia, tal vez el título sería “En el río Yangtze”, pero nunca lo escribió.

Preparó un manuscrito de un libro de poemas de viaje, pero nunca fue publicado debido a la censura en China. El editor descubrió que la poeta escribió un ensayo en 2009 sobre escritores disidentes. Fue un libro de poemas de viajes; poemas que escribió cuando viajaba en diferentes países. Los poemas no son políticos pero el editor canceló la publicación debido al ensayo que escribió en 2009. Hay muchas editoriales en China, así que planea agregar más poemas al libro y encontrar otro editor.

“En el río Yangtze” habría sido un libro sobre su infancia y la memoria de su madre. No puede escribirlo porque le duele mucho la muerte de su madre. Afirma que no ha escrito el libro todavía, ya que necesita

más tiempo y valor para escribirlo. Un ejemplo típico de censura, dice la poeta, es que los editores les piden a los autores borrar varias líneas en un poema o cambiar algunas palabras. Hay autocensura en China. Los editores tienen mucho miedo de la cárcel, por lo que son muy cautelosos a la hora de publicar un nuevo libro.

Algunos escritores practican la autocensura también con el fin de evitar meterse en problemas. Los temas más comunes de censura son: religión, política y conflictos étnicos.

35

El libro que siempre quiso escribir el escritor y poeta español Luis Luna se titula *Estudio sobre muro*, en él se explorarían las estructuras que dividen, separan, aíslan o defienden.

En realidad, todos sus libros tratan sobre estos conceptos, pero este sería un libro literalmente específico sobre ello, explorando cada grieta, cada imperfección, cada atisbo de ruptura en un ser cada vez más aislado y profundamente amurallado.

36

Del libro no publicado ¿Cómo se llama el libro?
de la escritora ecuatoriana (radicada en Berlín) Elsy
Suquilanda, *Salud Vintage*:

Hoy 3 de abril se conmemora un año más de vida
de mis Gregorinos niños titánicos, hace un año que
mi vida cambió, hace un año que nadie me enseñó
como criarlos...

Dejé de salir con “Herni a la disco en Cervia”
(hernia cervical)

para empezar un nuevo camino
camino que quizá me lo imaginé lleno de flores
y maripositas con tutú
con las amigas cucurachas, ellas
las que suelen dar tertulias en los campos orange
Fue un mes, fueron dos, fueron cinco,
y así sucesivamente...
mis niños titánicos no se sentían bien,

Augusto Rodríguez

empezaron a llorar y pateaban sin parar,
se escaldaron, se disecaron, se engordaron...
la desesperación de madre hizo que vaya a recorrer
Berlín para buscarles ayuda, donaba sangre cual
tanquero de agua en tiempos de sequía en Quito,
me sometí a varios experi-mientos que me dejaban
aún más sumergida en un dolor profundo...
Empecé a crear, crear, crear sin parar
parece que esto fue la única puerta Malcovichiana
que me daría esperanza.
(¡Ya Elsy, ya!, el PERFORMANCE tiene que parar,
porque ahora la verdad viene saltando la soga para
la eternidad)
Bueno a calzón quitado, ahí va...

Hoy que la anestesia se está yendo y vuelvo en
sí, hace un año fui operada de una hernia cervical en
esos disquitos C4-C5 que sostienen la cabeza...con la
esperanza de que quitándome esa hernia y recibiendo
mis placas de titanio cual carro con motor andino todo
iría bien, con ese acetato de larga duración...como al
momento de firmar un papel para dicha operación, o
escuchar de los operantes que máximo en 21 días ya es-
taría hecho resorte para continuar la película de la vida.

Pasaron los meses, las terapias, no dejé que me
inyecten ni cortisona ni un líquido a menos 180 gra-
dos, que al parecer tenían que hacer una nueva inci-

sión y topar nuevamente mis cervicales... me negué rotundamente, diciéndole al doctor que yo soy CHI-CHOISTA y que se que este cuerpo responde a la naturaleza...

Más loca me creyeron...

Un año de sufrimiento, de pensar que no había salida, de estar enlabinada, empecé a despojarme de todo lo material, recostada en nuestra cama veía el tiempo pasar, mis lágrimas se juntaban con los antiguos ríos europeos, esas gotas eran frías...veía la historia de mis prendas de vestir, hice pequeños cortometrajes donde solo se pude ver mis pies y oír una voz en of que relataba sollozando las historias que a mis recuerdos acariciaban, ya no era más esa pulga saltarina, ya no más!...

Animada me levantaba cada vez que tenía que ir a visitar al que me opero, con la esperanza de que este tuvo algún encuentro del tercer tipo y que le habían regalado una neurona de sensibilidad...

Mi doctor de cabecera sufría conmigo tratando de sanarme las heridas con su amiga la ranita Acupun, mi familia tan lejos físicamente, mi familia berlina se empezó a encoger como calzoncillo de algodón en secadora industrial...llegué a pensar que la enfermedad

es como la vejez, y te vas quedando solo con aquellos que realmente te aprecian...

Un año de pastillas que resintieron a mis otros órganos y que ya no me deleitarían más con sus melodías altas, ahora eran bajas muy bajas casi desmayadas, casi y las podía ver cómo se arrastraban entre los desiertos que se iban formando en mi cuerpo, un cuerpo pálido y lleno de dolor, con ojeras que me transportaban a Saturno, pero sin flores en mi cabello.

Había días que parecía que ya me trepaba a ese burrito con alas que tengo parqueado en mi alma, y sonreía y salía bien peinada, más al volver venía despeinada, arrastrando cadenas sin haber cometido crimen, mi crimen yo deduje era la necedad que me envolvía porque pedía ser libre, porque pedía justicia.

Cada médico que visité, cada repuesta que recibía, era como una maratón no ganada, era como si en esa maratón se me habían atado los cordones para que no la ganase. Mis pies eran como enredadera en edificio anti natura.

Recibía aliento de aquellos compañeros que me acompañaban en esta revolución, porque aquí teníamos que ganar al enemigo y tenía que flamear esa bandera de libertad...gritando ¡Salud!

El dolor es (ins) o (portable)

las citas médicas en Berlín,

son como futurísticas.

Han pasado meses, casi un año

nada ayuda, nada alivia, y seguimos nadando!

Últimamente...

“Dibujo de media docena de gremlins cornudos atormentando nuestra cabeza. Uno canta desafinadamente en nuestro oído derecho mientras otro toca la trompeta por el izquierdo. Los otros cuatro atacan nuestra cabeza con varios instrumentos de tortura: un mazo, un taladro, un hierro al rojo vivo”.

George Cruikshank, caricaturista inglés (1819)

-Próxima estación-

Hospital de Neurología de La Habana... pensé

BERLÍN: Ya no había nada que hacer, más que consolarme y conformarme, tomarme pastillas, vivir con dolor en el alma y en el cuerpo....

¡No Señor! eso jamás, luchar hasta las últimas consecuencias ese fue mi lema que me visitaba cada mañana en las tuberías uterinas, y en los paisajes neurálgicos...los acomodaba bonito a mis niños titánicos, les ponía su cremita para la escaldada y los envolvía en su pañal de tela...

Pedí auxilio, mi Comandante y Comandanta desde los territorios de la línea imaginaria prepa-

Augusto Rodríguez

raban una estrategia que me devolvería la luz a mis días grises...

Eso tomaría su tiempo, estaba consciente...pero la luz llegó antes sin imaginarme que esa luz estaba en esta misma ciudad con la poesía de una mujer que me bautizó como su colibrí

a principios de marzo 2015...

Un llamado telefónico, un respiro a la vida, empezaba a dejar de ser el pez que lo sacaron del río de su libertad para meterlo en una bolsa plástica y asfixiarlo de a poco...

Descubrí que fui castigada por la estupidez de la medicina, esa medicina que ya se le han muerto los valores, que se le ha muerto la voz de alentar, que se llenó de pagos al contado por farmaceuticas que no les interesa ver a los débiles porque solo quieren fuertes... ¿los fuertes?

Encontré al fin mi isla de libertad y llena de valores, de humanidad, de VIDA. Ese llamado telefónico fue de un ser maravilloso que me devolvió a la vida, me sentí como ese pequeño espermatozoide recién implantado en el óvulo de mi madre, cascadas cristalinas de mis ojos brotaban ya no más de ese dolor de no saber en que terminaría esta larga novela...eran

cascadas de triunfo, de felicidad, de que sí se puede mientras se tenga fe y esperanza, porque hay ángeles en este mundo que nos bañan con su delicadeza y su amor y respeto ante la VIDA.

Se acabó el engaño, se acabó la estupidez humana, más he aprendido muchas cosas y una de ellas es mi deber como me lo decía Silvio Rodríguez: -es tu deber contarle al mundo a lo que fuiste sometida, no permitir jamás que a alguien le pase lo mismo; gritar al mundo, enviar mis amígdalas en mis palomas mensajeras para que alienten a quién las necesite, para no ser conformistas con nuestra salud ni con nada, saber luchar, saber decir no, y entregarle nuestra confianza a doctores que tienen alma y corazón.

¡Hoy por hoy ya con la VIDA de vuelta, estoy siendo atendida de forma adecuada, con mucho respeto, cariño, con la verdad, con todos los análisis necesarios para una rehabilitación adecuada...ese ser maravilloso viene de esa Islita que tanto amo, ¡mi Cuba querida!... y no tuve que moverme de Berlín.

Esto va dedicado a todos y a todas quienes amamos la VIDA

Nota: Basado en mi propia experiencia, NO más engaños, despertemos y no permitamos que se nos arrebathe la vida.

37

Hay grandes escritores ecuatorianos que sin tanta publicidad ni fama tienen una obra importante y que trasciende en el tiempo. Uno de ellos es Carlos Béjar Portilla que es para muchos uno de los grandes escritores ecuatorianos. Pero a él no le interesa la fama, ahora debe estar bailando rave en alguna playa del país. Autor de *Tribu sí*, *Simón el mago* y *Osa mayor*. El autor ha dicho varias veces que escribe el libro más grande sobre filosofía del mundo, que lleva miles y miles de páginas. Sin duda, será un libro más que nunca se terminará de escribir.

38

Dolores Veintimilla de Galindo fue una mujer aguerrida, trabajadora y una poeta que pudo dar más. Su gran delito tal vez fue haberse enamorado de un “Casanova” y haber vivido en la cerrada, curuchupa, pequeña Cuenca de esos años. Se casó muy joven con el doctor Sixto Galindo y Oroña. Él al principio ayudó a incentivar su vena literaria regalándole libros y poemas. Siempre fue una bella y gran mujer. Pero en el fondo de su corazón, ella nunca se sintió realmente valorada y querida como esposa.

Las continuas infidelidades de su marido, la llevaron a escribir poemas muy duros sobre todo el famoso poema *Quejas*. Escribió otros poemas, pero ninguno ha calado tan hondo en el imaginario social, sobre todo es un poema que se lo aprende de memoria en los colegios ecuatorianos hasta el día de hoy.

Aparte de sus constantes desaires y problemas matrimoniales, fue víctima cruel de periodistas y cu-

ras cuencanos que no cesaron de humillarla y atacarla ni estando muerta. No veían con buenos ojos que una mujer casada, familia tradicional, esposa de un reconocido médico de la ciudad, escribiera y leyera y peor que esos poemas se publicaran en diarios y revistas.

Una noche se vistió con su mejor traje y dejó en su mesa de leer dos cartas, una a su madre y una a su marido y bebió una gran cantidad de cianuro de potasio, se acostó y esperó pacientemente su muerte.

Los doctores llegaron en su auxilio, pero fue muy tarde. Su cuerpo fue trasladado al cementerio de la ciudad, pero no se permitió que el ataúd sea enterrado en dicho aposento y fue expulsado. Después de un año de juicios y de lucha contra la iglesia católica que defendía que el suicidio era un acto de herejía y hasta satánico. La iglesia permitió el entierro del cuerpo en el cementerio de la ciudad, al probarse que la poeta fue católica practicante y que su problema se dio por una “enajenación mental”.

En datos y notas de la época, el escritor Remigio Crespo Toral la describió a Dolores Veintimilla como la *Safo* ecuatoriana. En cuanto a su obra es muy poco lo que se logró rescatar del fuego, un puñado de poemas y nada más.

39

Dos textos del escritor ecuatoriano Raúl Vallejo sobre los libros no escritos:

La autocrítica apocalíptica del camarada Joaquín Paredes: A partir de una lejana existencia histórica del personaje, el texto trabaja el conflicto de conciencia de un dirigente comunista que, sacrificando su paz familiar y personal, dedica por entero su vida a lo que él denomina la causa del proletariado y muere, ya desplazado por la nueva dirigencia, justo antes de Gorbachov y la Perestroika. Ateo y marxista no encuentra lugar ni en el cielo ni en el infierno por lo que contempla desde el limbo cómo su hijo, que lleva su mismo nombre y que de trosko-anarco-sindicalista ha devenido prominente militante democristiano, se convierte en embajador de su país en la antigua URSS justo en el momento en que esta se desintegra. En ese proceso de autocrítica, el viejo dirigente comunista se va dando cuenta de qué manera su vida personal siempre estuvo supeditada a la acción política y cómo

todo aquello que construyó tiene, al momento en que la utopía en que creyó termina rota, un valor tan relativo como su propio sacrificio; se da cuenta también que ni siquiera su familia pudo verlo más que como la figura política que siempre fue y ese descubrimiento lo mueve a tratar de comunicarse con el hijo, en vano, desde la muerte ya que nunca pudo hacerlo en vida, desesperado porque no quiere que este cometa el mismo error. La ironía del asunto es que todo aquello que el padre construyó, en una época en que todavía era factible creer en utopías, es heredado en ruinas por el hijo, en una época en donde el cinismo es una tabla para salvarse del naufragio.

El alma en los labios (génesis): Es la reconstrucción de una historia de amor con final de sangre: Medardo Ángel Silva, el niño poeta, se enamora de una joven quinceañera cuyos padres se oponen a su romance por razones de índole social. Silva le dedica un famoso poema, que luego será uno de los pasillos más populares del país: “El alma en los labios”; en él, el niño poeta escribe uno de los versos más elocuentes, por cuanto tenían de verdad en su sentido literal, de la lírica ecuatoriana: “el día en que me faltes, me arrancaré la vida”. Atormentado por el rechazo del que su pretendida lo hacía objeto, el poeta la va a visitar una noche y se suicida en su delante. La novela recrea el comienzo de siglo en Guayaquil; parte de los textos y

crónicas del propio Silva para introducir algunos elementos teóricos sobre el modernismo en el país y de la idea que esa sociedad, desde la revolución liberal, se hizo acerca de la “modernidad” y de qué manera, el poeta, de pronto, se ve solo y, ante el acoso que significa la instauración del mercado para su sensibilidad, se opone a que la poesía se convierta en mercancía y se encierra en una torre de marfil a donde va a morir, ya sin amor, ya sin lugar en el mundo.

40

El escritor venezolano Fedosy Santaella en *Todos los libros el libro (o la gloria del fracaso)* nos dice: Cada libro que he escrito es, de algún modo, un libro que nunca fue escrito. Quizás, cuando escribes, tienes una idea más o menos difusa o clara del libro que estás haciendo. Quizás, incluso, mientras más difusa es esa idea, menos el libro terminará siendo cómo lo tenías en mente. Porque en esa esencia difusa hay una sensación más que un plan, y nada más difícil que lograr una sensación. Pero también, y por lo general, la sensación se va perdiendo. Porque puede que, al poner el punto final, pienses que lo lograste, que lo hiciste tal como lo deseabas. Pero luego el tiempo te dice lo contrario. Yo sí creo que hay volver en ocasiones al libro que hace algún tiempo publicaste. Debes hacerlo para experimentar el libro desde el presente, para indagar...desde esa distancia, qué tanto lograste. Aunque también es dable pensar que en ese pasado aquel era el libro que debía y podía resultar. Sí, puede

ser, pero un libro se escribe queriendo siempre que sea mejor o por lo menos distinto al anterior. Hay quienes les da por buscar la fórmula del mismo libro que les dio éxito con el público. Para ellos es quizás más fácil: escriben un libro que ya está escrito. Nunca trabajarán sobre un texto o un estilo improbable, lo que harán es repetirse con más o con menor éxito.

Si, en cambio, cada libro que escribes es un desafío para ti y para tus lectores, es muy probable que sigas buscando por caminos siempre desconocidos a aquel libro, digamos platónico, que nunca has escrito o no has podido aún escribir. La verdadera literatura parte del fracaso, de ese libro que no has podido escribir.

Mi novela *Rocanegras*, ya lo he dicho en *Los nombres*, iba a ser una épica sobre libros, sobre los encuentros causales con ellos que me llevaron siempre a un mismo personaje: Vito Modesto Franklin, duque de Rocanegras y príncipe de Austrasia. Pero en aquel momento no me sentía preparado —y no lo estaba— para escribirlo. Así que terminé pergeñando un libro de aventuras y detectivesco que gira en torno a un asesinato. *Los nombres*, es —en cierto modo— ese libro que aquella vez no escribí. Hay libros que uno quiere escribir y no está listo para ello. Quizás lo estés algún día, quizás nunca lo estés. Quién sabe. Cada libro que uno termina y que publica, me parece, lleva por detrás un libro que nunca fue escrito por ti.

41

Este no es el libro que pensaba escribir, ni siquiera un poema completo o aquellos versos que resonaron en mi cabeza, hasta que la ambición que suponía un título como “Historia personal del dolor”, bajó de intensidad hasta desaparecer, confiesa la poeta argentina Eleonora Finkelstein. Solo estos endecasílabos recurrentes que todavía soy capaz de repetir, por esa manera inexplicable con que la memoria reserva algunas cosas inútiles:

Un sueño blanco, sobre el techo blanco.
Inamovible, muy cóncavo, esquimal.
Doble eufórico, gota de mercurio
por los huesos blancos también y helados.
Más helados que nunca, entumecidos.
San Bisturí que cierra las heridas
y las cocina con su frío lento.
San fuego lento, más lento que nunca.
Es el límite de la casa, el umbral.
Llegó la hora de guardar silencio.
Estamos aquí en el cráneo: el iglú.

Ahora va el recuerdo y la explicación. Iba a ser una historia personal del dolor, decía. Luego ese primer motivo varió al que encabeza estas líneas y tituló ese poema incompleto: “Analgesia”.

Lo que me preocupaba, por aquel tiempo en que la idea estaba a cargo, era conseguir que aquel libro tratara sobre el dolor real. Físico y químico. Nada emocional, ni imaginario; mucho menos adulterado por el miedo. No. Dolor: puro, duro, solo. El proyecto era aislarlo y entenderlo, desde mi adolorida situación, más bien modesta.

Entonces, primero la explicación: un accidente de auto, contusiones múltiples, una fractura complicada en la tibia, el quirófano, varios meses postrada mirando el techo. Y analgesia, la diosa. Yo misma, “El hada helada” como me llamó mi hermano alguna vez. Enumeración, sí, es lo que parece. Mejor no detenerse en más detalles.

Ahora, el recuerdo: estoy segura que mi relación con el dolor, mi aversión desmedida, empieza mucho antes de este episodio, en algún momento impreciso de la infancia. Antes, incluso, de rechazar el parto por horroroso y evitable. Lo cierto es que era la primera vez que estábamos frente a frente. La inmovilidad forzada era el escenario de esta historia sin paisaje, sin distracciones.

Ahí estaba, horizontal, con los ojos fijos como nunca. Lo único que hacía era esperar el dolor. Lo sentía llegar con todos sus soldados y no le sacaba la vista de encima. Era un ejército en formación perfecta. Guerreros esquimales, les decía, no sé bien por qué. Avanzaban despacio primero, con un ritmo notable, se separaban y corrían antes de alcanzar los objetivos. Todas las espadas desenvainadas y vamos con la faena. No es una metáfora mediada por la reconstrucción. Estaba alucinando.

Eso es del todo posible si estás quieto y en silencio por un buen tiempo; y que te duela, que únicamente te duela. Así es como las cosas locas terminan por dejarse ver.

No lloraba, no me quejaba, ni apretaba los dientes. Me ponía laxa. Pero no crean que estoy hablando de valor. No, ni remotamente. Fijación sería un término más cercano. Pensaba en un libro y en la analgesia cada seis horas. El dolor iba y venía. Pero seis horas es demasiado tiempo.

Acá debo hacer una digresión y confesar mi simpatía por las drogas, directamente proporcional a mi repulsión por el dolor. Cuando digo simpatía, digo interés y digo relación de consentimiento mutuo. Nunca una droga me hizo daño y por mi parte

siempre fui muy elegante con ellas. Soy consciente que recurro a una personificación infantil, pero a veces no queda más remedio. Hay cosas que tienen más entidad que nosotros mismos. Las drogas, por ejemplo, están vivas: ¿quién puede negarlo a esta altura de la civilización?

Así fue. No respeté la dosis (seis horas es mucho tiempo, decía): cada cinco horas y 30 minutos. ¡Vamos!, cada cinco horas, cada cuatro horas y 30 minutos. Los esquimales tenían que retroceder. De ahí pasé a cada tres horas, cada dos. Todo era agudo y breve; fuera de eso, no había nada. Nadie haciendo su trabajo. Placer agudo y breve; dolor agudo y breve. No sé si sea posible, pero la realidad es cómo nos sentimos, ¿no? Estaba feliz, los conocía: al dolor y a la metadona, sonando en los extremos de una misma cuerda. Pero el dolor era real, lo sentía vivir debajo de la droga. La droga también era real. Un disfraz verdadero.

Por mucho tiempo seguí con la idea del libro. Creo que pensaba que había entendido algunas cosas importantes, por ejemplo, acerca de las armas blancas. Mentira, creo que este es un nuevo cuento de cobardes. Al final, somos como las historias clásicas que se cuentan mil veces de maneras diferentes.

Solo me queda decir que, para regresar, para no morir en el intento, simplemente hice el mismo camino a la inversa: 2, 2 y 30; 3, 3 y 30; y así. El dolor era ahora menos agudo y se tomaba más tiempo. El placer también era menos agudo y se tomaba más tiempo. Nada que no pudiera tolerar, a pesar de mi sensibilidad extrema. Lo hice a mi ritmo, mirando ese mismo techo que, aunque no me crean, entonces era un cielo, un espejo, una pared y, sobre todo, el hueso blanco y cóncavo de mi propio cráneo. Lo habría jurado. Incluso puedo jurarlo ahora mismo.

Esto nunca va a ser un libro, ahora lo entiendo. Ya dije todo lo que tenía que decir honestamente. Cualquier otra cosa sería literatura, la manera más limpia de mentir.

42

Luis Alberto Praga, poeta y narrador chileno de ciencia ficción. Su mayor anhelo y sueño era llegar a escribir los mejores poemas sobre los extraterrestres y ovnis. Su vida siempre fue oscura. Creció en una familia de clase acomodada de Vitacura. Siempre le gustó el tema de la ciencia ficción, los nuevos mundos, por eso era un lector apasionado de Isaac Asimov. Sus poemas y cuentos siempre tenían un carácter onírico, surrealista, un tono fuera de este mundo.

Sus padres lo quisieron internar para que dejara sus vicios del alcohol y las drogas. Consumía grandes cantidades de marihuana por semana. Como no tenía un trabajo estable, se dedicaba a vender sus poemas, revistas y dibujos a cambio de dinero, drogas o de ron. Oficialmente no publicó ningún libro que hasta ahora se conozca, pero sí fueron publicados varios poemas y cuentos en revistas, diarios y páginas web clandestinas.

El cuento *El ovni es Chile* fue censurado por su lenguaje crudo y salvaje. Aun así, tiene varios lectores entusiastas, hasta el día de hoy.

Luis Alberto Praga le dijo a su familia que él se cambiaba el apellido para no hacerles quedar mal ante la sociedad chilena. Se sabe que su apellido de nacimiento fue Bravo pero en honor a Kafka se puso el apellido de Praga y así firmaba sus trabajos literarios.

Praga decía que él era un Kafka a lo chileno. Y que él era para su familia un escarabajo que ellos no quieren aceptar en su regazo. Así que se despidió de ellos y se fue a vivir sus últimos años de vida al Valle del Elqui.

Primero porque quería conocer la tumba de su querida y admirada poeta Gabriela Mistral y segundo quería estar más cerca de las estrellas. Ya que se dice que el Valle del Elqui es un lugar especial para ver ovnis y estrellas fugaces. Se dejó crecer la barba y acampó con su ropa, sus libros y sus pocas pertenencias cerca de un río. Dormía hasta tarde, escribía, releía a su querido Asimov y vendía artesanías a los turistas y chilenos que visitaban el Valle del Elqui.

Con el pasar de los años, no se sabe si finalmente llegó a cumplir su sueño de ver un ovni, pero sí que se enfermó gravemente. Se desconoce la enfermedad

que lo atormentaba, incluso se dice que padecía de leucemia. Ante la desesperación y el dolor, se cortó la yugular y murió desangrado. Una novela sobre extrarrestres sigue oculto entre sus cosas. Fue enterrado por personas bondadosas de la zona en el Valle del Elqui muy cerca de su adorada Gabriela Mistral.

43

Leonardo Cano nos recuerda que su libro no escrito es *Una novela florentina*, él nos dice: El 19 de marzo de 2006, a mitad de un concierto de Dominique A, y justo en el intervalo entre dos de sus canciones más intimistas, alguien se puso de pie en el auditorio y gritó: “¡Florentino, vuelve!”. Esa persona era yo.

Durante los años en los que Florentino Pérez, presidente del Real Madrid, abandonó su cargo en el club, me dediqué a propagar ese grito, tratando, en cierto modo, de fomentar un rotundo clamor que pudiera devolverlo a la presidencia. Su vibrante punto de partida cabría encontrarlo, poco antes, en el mensaje que había recibido de mi hermano una cierta tarde al despedirme de la novia italiana que tenía entonces (“Florentino ha dimitido. Ven pronto a casa”) y consiguió ser aplacado, más de tres años después, cuando Pérez anunció de nuevo su candidatura y llegaron

tantas felicitaciones que hube de organizar una fiesta para corresponderlas.

Desde entonces, he querido escribir una historia que detallara en paralelo esa época en la presidencia del Real Madrid y en mi propia vida, pero, irremediablemente, siempre encuentro razones para no hacerlo.

44

Rodrigo Lira fue un niño de escuelas y colegios privados como el Verbo Divino y la Escuela Militar. Estudió varias carreras universitarias: Psicología, Filosofía, Artes de la comunicación, Arte, Lingüística y ninguna terminó. Su “nicho ecológico” fue el expedagógico de la Universidad de Chile, dicha labor le ofrecía soluciones prácticas a sus necesidades de información (bibliotecas), alimentación (casino) y vida social, según palabras del propio poeta.

La vida de Lira estuvo atravesada por el caos y por el delirio. Vivió y fue testigo del golpe militar de Augusto Pinochet contra el presidente Salvador Allende y del bombardeo indiscriminado contra el Palacio de la Moneda. Lira no se consideraba un poeta sino un diestro manipulador del lenguaje con facilidades de aprender idiomas. Podríamos decir que Rodrigo Lira siempre fue un poeta, si entendemos que poetas son las personas que viven contra la corriente y que dan luz a un mundo lleno de oscuridad. Lira fue un

visitante no autorizado en la casa de Enrique Lihn en la calle General Salvo en Santiago de Chile. Incluso una vez llegó con la novela *La orquesta de cristal*, reeditada su gusto, con páginas en blanco, nueva portada, párrafos cortados o iluminados de tajo, sustituciones, cambios arbitrarios.

Linh tenía como todo buen poeta a su singular y tenebroso lector. Incluso le llegó a insinuar a un amigo cercano que él quería ser su secretario editor. Nadie mejor que Linh para definir a Rodrigo Lira: “Un erudito de la contracultura, del pop y del pop art; en consonancia con el atuendo y la pinta —“la pelada y las chuletas”— los anteojos de marco grueso, la gorra a lo Sherlock Holmes: ¡un sabueso del rock y del nuevo jazz!”.

Lira era parodia, humor, antipoesía, ruptura, juegos intertextuales, desenfado, arte puro. Tal vez no lo sabía bien, pero Lira era el poema y el arte en carne viva. Él era su mejor obra de arte y la interpretaba sin interrupción por las calles de Santiago de Chile. Escribía como solo pueden escribir los poetas: iluminados y desesperados. Tal vez sabía que toda buena obra tenía un inicio y tenía un final. Sus poemas se perdían en bares, casinos, librerías, restaurantes, parques, casas ajenas.

Hay varios videos en la web de Rodrigo Lira, pero hay dos que llaman mucho la atención: El uno es cuando leyó de memoria, apoyándose en un libretto que traía en su carpeta, un poema interminable en la casa de Lihn, disfrazado de don Gerardo de Pompier (coautor del personaje de La orquesta de cristal): Un video escalofriante.

El segundo video es su intervención como Ote-llo en *Cuánto vale el show*, programa del canal 11. Su participación no solo es patética sino frustrada. El jurado paupérrimo de ese concurso de televisión le da una suma de dinero que no sirve para nada, es como una humillación para el artista, en este caso, nuestro poeta Rodrigo Lira: Un video penoso.

Lo cierto es que Lira con el paso del tiempo, unos premios menores, pero con su obra siempre bulliciosa, se transformó en leyenda y mito. Su poesía siempre inédita, fue fotocopiada, pasada de mano en mano, casi como un objeto prohibido, como un lujo, un artefacto, un secreto de pocos. Y creció aún más después de su muerte.

Según fuentes oficiales, el poeta Rodrigo Lira se suicidó el 26 de diciembre de 1981, cortándose las venas de los brazos y dejándose desangrar en la bañera de su departamento 22 de la avenida Grecia 907, el

día de su cumpleaños, a la edad de treinta y dos años. En 2006, se publicó *Declaración jurada* (Ediciones de la Universidad Diego Portales). Persiste el rumor que hay más poesía inédita de Rodrigo Lira, pero que su familia no la quiere dar a conocer ni publicar. El *Proyecto de Obras completas* de Lira, como toda buena obra de arte, no tiene final.

45

Vila-Matas afirma: A la sombra del gran Macedonio Fernández, el escritor que dedicó años de su vida a *Museo de la novela de la Eterna*, el libro que no pasó nunca de Proyecto, pues jamás llegó a iniciar el relato y el preámbulo fue montado a base de búsquedas, reflejadas en múltiples prólogos. Macedonio fue una especie de Duchamp de la literatura. (...) *Museo de la novela de la Eterna* es el libro incompleto por excelencia, pero no simula en ningún momento haber quedado inacabada. Es incompleto porque ésa es su propia naturaleza.

46

La escritora cubana Wendy Guerra dice: He pasado once años o más, tras el premio Bruguera, viviendo prácticamente la mayor parte del año en hoteles. Pertenezco a una generación que escribe y se inspira en estos lugares que para muchos resultan sitios impersonales. Algún día tendremos que hacer una antología con todos nosotros de nombre: *Los huéspedes*.

47

Vila-Matas nos cuenta lo siguiente: Pensé en un relato inacabado de Dostoyevski, leído en una antología de cuentos que perdí hace años. En ese cuento un joven violinista ruso de provincias se considera el mejor músico del mundo y viaja a Moscú porque su ciudad natal se le ha quedado pequeña. (...) Y aquí se interrumpe el cuento o, mejor dicho, ahí lo interrumpe Dostoyevski. Quizás era innecesaria la continuación, porque ya estaba todo narrado.

48

En una entrevista, el escritor chileno Alberto Fuguet confiesa que una de sus novelas fallidas se iba a llamar *Matías Vicuña*, que como muchos saben o recuerdan, es el personaje central del libro *Mala onda* publicado en 1991 y que generó mucha bulla en el mundo literario chileno de ese entonces. En 2007, Fuguet planeó dirigir una adaptación cinematográfica de *Mala onda*, así como escribir una secuela (titulada *Matías Vicuña*, como el protagonista de la novela), pero más tarde renunció definitivamente a ambos proyectos. Un capítulo de esta secuela, titulado *Nosotros*, se publicó en la antología de cuentos de *Juntos y solos*.

49

Vila-Matas nos dice: He ido a parar a *Causas y razones de las islas desiertas*, breve manuscrito de Gilles Deleuze de los años cincuenta, nunca publicado, aunque él lo incluyó en la bibliografía de su libro *Diferencia y repetición*.

50

Un personaje de la novela *No voy a pedirle a nadie que me crea* del escritor mexicano Juan Pablo Villalobos afirma: Una novela abandonada, por supuesto, como todas las novelas que he intentado escribir hasta ahora. Hasta ahora: porque ahora voy a ir hasta el final y si quiero terminar la novela necesito salvarme, nadie ha vuelto de la muerte para escribir el final de una novela”. Creo que no hay mejor cierre para este libro.